

EL CRIMEN NO COMPENSA burton hare



Realmente, todo comenzó aquella noche de verano, asfixiante, en la que Burnett me encontró en «La Esquina», transpirando y aburrido.

Si ustedes conocen Nueva York ya sabrán la clase de noche a que me refiero. El calor se desploma sobre uno como una masa de plomo húmedo y chorreante. Hace tanto calor, y tan pegajoso, que hasta la piel le molesta a uno al menor movimiento.

Burnett era un tipejo esmirriado, delgado y macilento, con una piel transparente que daba pena. Pero era astuto y siempre tenía ideas con las que sacar algún dinero.

Aquella noche, después de encender un cigarrillo, preguntó:

—¿Quieres ganarte uno de cien, Tony?



Burton Hare

El crimen no compensa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 807

ePub r1.0

Lds 19.11.17

Título original: *El crimen no compensa*

Burton Hare, 1966

Cubierta: Francisco Brocal

Ilustraciones interiores: Costa y Altamira

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





BURTON HARE

EL CRIMEN NO COMPENSA

C. SERVICIO SECRETO n.º 807
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Prólogo

Mi nombre es Carver; John C. Carver. Tal vez algunos de ustedes lo hayan leído alguna que otra vez en los periódicos, en las reseñas judiciales dedicadas a los procesos más resonantes de los últimos tiempos. Puedo afirmar que he dado material a los reporteros con tanta abundancia como han podido desear, aunque, naturalmente, no me lo han agradecido en absoluto. Todavía se complacen en dedicarme una serie de calificativos poco acordes con la realidad.

Pero no es de mí de quien deseo hablar, sino de Tony Garose.

Realmente, dejaré que sea Tony quien hable con entera sinceridad, con escalofriante franqueza. Yo estoy acostumbrado a escuchar cosas semejantes, así que no me producen efecto alguno por tremendas que sean. Quizá a ustedes les parezcan, por el contrario, salvajemente monstruosas...

Y tal vez lo sean.

Tony Garose tiene ahora veinticinco años. Es un muchacho fuerte, rudo y duro, encallecido moralmente por una vida carente de afectos, hueca de sentimentalismos, vacía de ideales...

Hijo de inmigrantes italianos, criado en un agujero infecto de los que Nueva York se avergüenza de cobijar, pero no hace nada por barrer de su estructura, creció prácticamente en las calles sucias de su barrio sin otra guía que su instinto, sin otro freno que el santo temor a los guardias de azul uniforme que, sin mucho entusiasmo, mantenían algo parecido al orden en aquella *Cashba* violenta y desenfrenada.

Mas ese temor a los uniformes fue desapareciendo a medida que el muchacho creció y se volvió más osado. Formó parte de las «pandillas» que, sucediéndose unas a otras, asolan calles enteras...

La pobreza, la falta de control, el abandono afectivo de sus padres, que no supieron adaptarse a las nuevas costumbres, al nuevo mundo en que habían buscado refugio, convirtió pronto a

Tony en un muchacho taciturno, frío y calculador, sin escrúpulos, que se imponía fácilmente sobre sus compañeros mediante la osadía y la violencia.

Así organizaron tremendas batallas callejeras, descalabrando a los pacíficos viandantes. Cometieron toda clase de tropelías en el «metro», especialmente durante la noche, de tal manera que los viajeros dejaron de frecuentarlo a partir de las diez hasta que el municipio aumentó la plantilla policiaca, para destinar agentes exclusivamente al servicio de protección de los coches del «metro», tanto en la línea *local* como en la *express*...

Después, vinieron pequeños hurtos, robos y latrocinios de toda clase. Los *rabinos* del distrito judío se organizaron en una especie de milicia con la vana intención de protegerse de esas pandillas...

Fracasaron. Les faltaba la experiencia de toda una vida de violencias y astucias. Estaban acostumbrados a respetar unas costumbres y unas leyes, una religión...

La religión de las pandillas era única y exclusivamente su capricho y su violencia.

La mayoría de aquellos muchachos habían asistido a escuelas del Municipio, pero ya ni siquiera recordaban lo aprendido allí.

A su alrededor, desde que tuvieron uso de razón, vieron siempre pobreza y mal humor, borrachos y fracasados, matrimonios deshechos, mujeres de la peor ralea y vicio desenfrenado, apenas velado, cuando no pregonado por un estúpido prurito de parecer más que nadie.

El padre de Tony se dio pronto a la bebida. Cuando el muchacho contaba apenas dieciocho años, el viejo era ya un alcohólico expulsado de toda clase de trabajos y que vivía únicamente para beber...

Su madre salía de casa a las cinco de la madrugada para trabajar en la limpieza de oficinas, en Manhattan. Después de cuatro horas de esa tarea, entraba en una lavandería y ya no regresaba a casa hasta el anochecer, de manera que pasaban días enteros sin verse madre e hijo.

Podrían contarse infinidad de detalles sobre la adolescencia de Tony, sobre el ambiente en que se moldeó su carácter, respecto a las palizas que soportó de algunos guardias cansados de tanto alboroto.

Pero, como he dicho antes, prefiero dejar que sea él quien pase

revista a las consecuencias de toda esa depravación...

En otro ambiente quizá ese muchacho hubiese despuntado en cualquier actividad emprendida. Es alto, musculoso, bien parecido, de cabello muy negro y suavemente ondulado. Si uno se entretiene en leer los anuncios que solicitan representantes, vendedores, modelos de publicidad, etc., verá que Tony Garose se adapta como un guante a la descripción de los hombres buscados.

No obstante, el mismo Tony reconoce que jamás se le ocurrió solicitar un trabajo decente.

—¿Para qué? —dice con su habitual cinismo—. Los trabajos decentes están siempre mal pagados, sobre todo para tipos como yo... En cambio, fíjese en Angelo Moretti...

Angelo Moretti era un pistolero bravucón y pendenciero, que trabajaba para una poderosa organización dirigida por Amanti. Antes había «trabajado» para Lepke, hasta que éste fue electrocutado. Anastasia había sido otro de sus «patronos»...

Si alguien le objetaba a Tony que, después de todo, Angelo Moretti acabó acribillado por la policía en una refriega, el muchacho, encogiéndose desdeñosamente de hombros, comentaba cerrando la discusión:

—Moretti fue un idiota en sus últimos tiempos. Le faltaba inteligencia, usted sabe... Ésos eran los modelos que esos muchachos de las pandillas ansiaban emular, superar.

Eran como una meta para sus ambiciones...

Con la diferencia de que, para Tony, no eran una meta, sino un estímulo. Él deseaba llegar mucho más alto que todos ellos...

Y lo consiguió.

Pero creo que me he dejado llevar de mi verborrea profesional. Escúchenlo a él, a Tony Garose...

CAPÍTULO PRIMERO

Realmente, todo comenzó aquella noche de verano, asfixiante, en la que Burnett me encontró en «La Esquina», transpirando y aburrido.

Si ustedes conocen Nueva York ya sabrán la clase de noche a que me refiero. El calor se desploma sobre uno como una masa de plomo húmedo y chorreante. Hace tanto calor, y tan pegajoso, que hasta la piel le molesta a uno al menor movimiento.

Burnett era un tipejo esmirriado, delgado y macilento, con una piel transparente que daba pena. Pero era astuto y siempre tenía ideas con las que sacar algún dinero.

Aquella noche, después de encender un cigarrillo, preguntó:

—¿Quieres ganarte uno de cien, Tony?

—Vaya pregunta —respondí—. ¿Cuál es la idea?

Tosió violentamente a causa del humo. Todo el mundo sabía que Burnett estaba tuberculoso. Desde pequeño le habían estado sometiendo a toda clase de tratamientos, gratuitos, claro está, pero por la razón que fuera jamás habían podido curarlo del todo.

—La tienda del viejo Simeón —dijo misteriosamente.

—¡Bah!, chatarra. ¿De ese montón de basura crees que puede conseguirse uno de cien? Tú estás chalado, hombre.

—No es chatarra, Tony. Son antigüedades.

—Basura, eso es lo que hay en esa maldita tienda. Ese judío es incapaz de invertir un centavo en comprar algo que valga la pena.

—Simeón es un zorro —insistió él—. Compra por una miseria lo que otros pagan con buen dinero. Te digo que son antigüedades.

—No te creo. Además, hace demasiado calor para asaltar un estercolero semejante, Burnett... ¿Por qué no buscamos un par de chicas y lo pasamos bien durante unas horas?

—¿Chicas? —protestó—. No tengo un centavo, Tony, y apuesto

que tú tampoco estás en mejor situación, de lo contrario no perderías el tiempo en «La Esquina» aguantando un muro con tus espaldas, ¿eh?

—Bueno...

—¿Cuánto tienes en el bolsillo?

—Un par de dólares.

Soltó una risa burlona, rota inmediatamente por uno de sus excesos de tos. Arrojó el pitillo y exclamó, cuando pudo hablar:

—¡Ya decía yo que...! ¿Vamos a por la tienda de Simeón, Tony?

Lo pensé un poco. Odiaba al viejo judío. Hacía mucho tiempo, años, me propinó una paliza de muerte por haberle roto el cristal de su polvoriento escaparate...

—Aunque pudiéramos sacar algo bueno de allí —objeté—, ¿dónde diablos crees que podríamos «colocarlo»? Nadie compra esas porquerías, Burnett.

—Yo sé dónde venderlo. Tengo relaciones, ya sabes...

—Seguro. Eres un pájaro importante.

—Puedes burlarte, pero si yo tuviese la salud y la fuerza que tú tienes sería «alguien», lo creas o no.

—Está bien, dejémoslo. ¿Estás seguro de que podríamos «colocar» el «género» a buen precio?

Asintió con un gesto, brillantes sus ojillos astutos.

—Okey, chico, vamos allá.

Sonrió, satisfecho, y nos pusimos en marcha.

La tienda de Simeón era un cuchitril enclavado en un sótano. Había un escaparate a ras del suelo, junto a la escalera que descendía hasta la entrada. Aquel escaparate tenía malos recuerdos para mí.

—Daremos la vuelta —explicó Burnett—. Por la calleja de atrás nadie nos estorbará.

Sólo necesitamos saltar una valla medio podrida y nos encontramos en un patio lleno de cajas vacías, escombros y basuras. Olía a infiernos, pero ése era el olor que imperaba en el barrio, así que no nos molestó a ninguno de los dos.

La puerta trasera del establecimiento de antigüedades resultó tan frágil como Burnett había anunciado. La abrimos y nos colamos en el oscuro interior. A los dos pasos, tropecé con algo duro y estuve a punto de caer de bruces.

—¡Maldita sea! Vas a despertar a todo el edificio —rezongó Burnett—. Mira primero dónde pones los pies, Tony..., esto está abarrotado de trastos.

Saqué una pequeña linterna eléctrica y examiné lo que nos rodeaba. Era un pequeño almacén en el que era difícil desentrañar lo que semejaba basura de lo que me parecieron objetos propios de un trapero... Todo ello cubierto por una gruesa capa de polvo.

—Será mejor que nos larguemos —dije—. Ni llevándonos todo lo que contiene este agujero sacaríamos uno de cien.

—Espera a estar en la tienda...

Sorteamos aquel amontonamiento de cacharros y llegamos a la tienda. Apagué la linterna y nos detuvimos un instante detrás del mostrador.

—Echemos un vistazo a la caja... —propuse.

—Es inútil. Simeón no deja en ella ni un centavo por las noches. Tú vigila por el escaparate mientras yo selecciono lo más valioso, Tony... He estudiado el asunto durante días.

—Bueno, allá tú.

Me deslicé hasta la puerta y aguardé allí, pegado a la pared. Mi compañero comenzó a remover trastos y a meterlos en un saco que había cogido de la trastienda.

—Apresúrate, Burnett —dije, nervioso—. Por lo que vamos a sacar de aquí no vale la pena correr riesgos.

No dijo nada y siguió con su trabajo. Por lo visto era cierto que sabía lo que debía buscar, porque cada cosa que sacaba de su sitio la metía directamente en el saco, sin necesidad de examinarla para saber su valor.

De repente soltó una exclamación que me sobresaltó.

—¿Qué pasa ahora? —Gruñí de mal talante.

—Mira esto. ¿Quién iba a suponer que Simeón tuviera una pistola?

—¿Qué pistola?

—Ésta...

Me acerqué a él. A la pálida luz que llegaba de la calle vi que empuñaba una automática de gran calibre.

Se la quité de las manos.

—¿Está cargada, Tony? —jadeó entre dientes.

—Espera que lo mire...

—Date prisa...

Saqué el cargador y comprobé que había siete cartuchos en él. Luego recorrí el cierre y vi que había otro en la recámara.

—Ocho balas —dije entre dientes.

—Vamos a llevamos ese cañón —decidió él—. Nos darán cincuenta *pavos* como mínimo por él.

—Bueno.

Metí la pistola en mi cinturón y regresé al lugar de vigilancia. Pasaron casi diez minutos más y entonces Burnett murmuró:

—Ya podemos largarnos, Tony. Verás la cantidad de *pasta* que sacaremos por todo esto... No creí que fuera tan fácil. ¿Y tú?

—Cierra el pico. Me gustaría destrozar toda la tienda para que el judío se acordase de mí.

—No digas tonterías... Tendrás que cargar con el saco, Tony. Mis fuerzas apenas me permiten moverlo.

Lo hice. Comprobé que pesaba una barbaridad.

—¿Qué diablos has metido aquí dentro, Burnett? —protesté—. Si tenemos que correr no podremos ni moverlo...

—¿Para qué vamos a correr? Sígueme, te alumbraré el camino.

Cargado con el saco, seguí la delgada línea de luz opaca que despejaba mi camino. Así salimos al patio.

—Ahora, mucho cuidado, Burnett —dije con voz apagada—. No conviene que nadie nos vea tan cargados.

Buscamos el mismo lugar de la valla de madera que antes habíamos franqueado. Por allí era fácil saltar al otro lado.

—Yo saldré primero —dijo mi compañero—. No podría levantar el saco por encima de la valla. Tú me lo pasarás cuando esté al otro lado.

—Hablas demasiado. Date prisa.

Se encaramó y lo perdí de vista cuando se dejó caer en la calleja. Entonces levanté el saco por encima de mi cabeza y lo apoyé arriba de los carcomidos maderos.

—¿Listo? —pregunté con voz opaca.

—Suéltalo.

Lo dejé caer. Sonó un golpe apagado, pero incluso así y, debido a los nervios, me pareció tan fuerte como un disparo.

Franqueé la pared de madera, me dejé caer al otro lado y volví a cargar con el pesado saco. Burnett susurró:

—Sígueme ahora, Tony. No tardaremos ni diez minutos en llegar a...

No terminó de hablar porque en aquel momento un brillante chorro de luz inundó la calleja, envolviéndonos en su claridad como si fuera un tentáculo.

—¿Qué demonios...?

No terminé la frase porque comprendí de qué se trataba. Me estremecí al darme cuenta que aquello era el faro móvil de un autopatrulla policíaco.

Burnett quedó aterrado, pegado a la valla.

—¡Nos han cazado! —sollozó. Una voz gritó:

—¡Eh, ustedes, no se muevan o hacemos fuego!

Sonó el chasquido de una portezuela. Luego, los pasos de alguien acercándose sin mucho entusiasmo.

—¡Vamos, Burnett —dije—; tenemos que correr!

—¡Nos cazarán a tiros...!

—¡Corre te digo!

—Lástima de botín...

—Nada de lástima. Voy a llevármelo... ¡Corre, maldito seas!

Comenzó a correr pegado a la valla y yo le seguí, cargado con el pesado saco. Detrás de nosotros, los pasos precavidos de los guardias se convirtieron en franca carrera.

—¡Hay un callejón más adelante, Tony! —jadeó Burnett—. Si podemos llegar a él estaremos salvados..., conduce al río y...

—¡Cierra el pico, idiota!

—¡Alto, deténgase! —bramó alguien, detrás nuestro.

Sentí deseos de reír. ¿Qué se creía aquel estúpido, que íbamos a obedecerle solamente porque se desgañitaba?

Entonces sonó el primer estampido. Fue un seco trueno seguido de un zumbido que pasó rozándome la cabeza.

¡Los malditos tiraban a matar!

Seguí corriendo un poco más. El policía hizo fuego otra vez, y otra. Los proyectiles aullaban al rebotar en la valla, a mis espaldas...; si afinaba un poco la puntería me dejaría seco.

—¡Abandona el saco y corre! —sollozó Burnett, delante de mí.

—¿El saco? ¡Ni lo sueñes!

Para mí era el trofeo de aquella noche. Dejárselo a los polizontes me parecía algo deshonesto, de lo que debería avergonzarme toda

la vida...

Un nuevo estampido, esta vez más cerca, me hizo comprender que estaban ganándonos terreno, a pesar de encontramos ya fuera del alcance de su reflector.

Por primera vez recordé que llevaba una pistola cargada en el cinto, pero no se me ocurrió empuñarla. Lo único que deseaba era llegar al callejón lateral y, por él, al río. Allí había centenares de escondrijos a los que los policías no llegarían jamás. Nosotros conocíamos los bajos de los muelles palmo a palmo y ellos no.

—¡El callejón, Tony! —gimió Burnett, casi sin voz.

Sus pulmones debían de estar a punto de reventar con aquella angustiada carrera. Fue en aquel instante cuando me dieron.

Eran dos a disparar y el estruendo de los pistoletazos había levantado a toda la calleja.

Estaban encendiéndose luces en las ventanas, pero nadie osaba sacar la cabeza todavía.

No fue más que un golpe. Lo sentí en mi costado, algo como un desgarrón doloroso, pero no demasiado. Sin embargo, me obligó a dar un traspies y el saco golpeó contra la pared haciéndome perder el equilibrio, de manera que rodé por el suelo igual que un fardo, sabiendo que estaba perdido.

Sólo en aquellos momentos eché mano de la pistola. La saqué y creo que sólo deseaba desprenderme de ella para que no me la encontrasen encima...

Pero el guardia, excitado, cometió un error...

Disparó una vez más, a pesar de verme en el suelo, y la bala se hundió de manera lacerante casi junto a la primera, arrancándome un aullido de dolor y de furia esta vez.

Vi al policía correr muy cerca, con el revólver en la mano... El otro le seguía, gritando algo que no entendí.

Y tiré del disparador. La automática se encabritó en mi mano como si hubiera cobrado vida propia. Surgió una llamarada y hubo un estruendo superior a los anteriores que hizo vibrar todos mis nervios.

Vi al policía detenerse en seco, dar una voltereta y desplomarse inerte. Su revólver rebotó en el asfalto...

El otro también se detuvo por efectos del estupor, pero se recobró al instante y me mandó un balazo que arrancó esquirlas de

la acera a menos de un palmo de mi cara.

Sin apuntar apenas le devolví el fuego. Disparé dos o tres veces, no lo recuerdo muy bien, pero el polizone pareció empeñado en imitar a su compañero y giró de manera ridícula antes de desplomarse.

Cayó un pesado silencio a mi alrededor. Me levanté de un salto, con los dientes apretados a causa del tremendo dolor que acuchillaba mi costado derecho. Pero, a pesar del dolor y de la urgencia, volví a cargar con el saco y, gimiendo a cada paso, notando la sangre deslizarse de mi cintura abajo, proseguía la huida en pos de Burnett.

Lo alcancé en el callejón, donde me había esperado.

—¿Los has tumbado? —susurró, sin voz.

—O ellos o yo.

—¡Pero, Tony...!

—¡Corre antes que lleguen más *polis*! Además, llevo un plomo o dos encima, así que necesitamos un lugar donde detenemos, y rápido, Burnett, o...

—¿Estás herido?

Lo empujé rudamente y seguimos huyendo hasta los muelles.

Allí nos consideramos a salvo, medio arrastrándonos como ratas bajo los enormes soportes de madera, entre húmedas trepadoras acuáticas llenas de musgo...

Dejé caer el saco y yo me desplomé detrás de él, incapaz de continuar de pie.

—Dame tu pañuelo, Burnett...

Junté el suyo y el mío y traté de contener la sangre. No lo conseguí del todo, pero por lo menos dejó de chorrear como hasta entonces.

—Necesitas un médico —susurró el asustado muchacho.

—Seguro. Para que llame a la policía en cuanto me vea.

—No entiendes... Él te ayudará. Tienen médicos pagados y...

—¿Quién es «él»?

—El tipo que iba a compraros el género.

—Deberá comprarlo de todas formas... ¿Crees que podríamos llegar ahora?

—Seguro, pero tendremos que dar un rodeo. Ya verás, es un hombre muy razonable...

—¿Cómo se llama?

—Frank Austin. Lo malo será que no podrás cargar con el saco estando herido...

—No pienso abandonarlo, maldita sea. Tú me ayudarás...

—Está bien... ¿Crees que podrás...?

—Vamos, ayúdame de una vez en lugar de hablar tanto.

Entre los dos cargamos con el saco. Con una mano mantuve los pañuelos apretados a mi costado, pero a cada paso era como si me desgarrasen la carne a tirones...

Resultó una marcha de pesadilla, un continuo tormento... pero no abandoné el saco. Creo que fue la idea de perjudicar al judío lo que me dio ánimos para soportar aquel infierno de dolor...

CAPÍTULO II

La casa a la que me llevó Burnett estaba a espaldas del East River Drive. No era nada lujosa, ni siquiera tenía buen aspecto. Se parecía mucho a las que poblaban el resto del barrio.

—¿Estás seguro de que nos ayudará? —pregunté una vez más, sintiéndome sumamente débil por la pérdida de sangre.

—Seguro.

—Bueno, una cosa es comprar «mercancía» y otra ocultar a un herido de bala...

—Ya verás. Frank es un gran tipo.

Llamó a la puerta y yo me apoyé en la pared, medio sentado sobre el saco. El zaguán estaba oscuro y silencioso. Había una escalera que se perdía en la negrura, hacia los pisos.

Una voz indagó desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Frank; Burnett. Abre.

—Un momento...

—Date prisa, Frank.

Se abrió una rendija y una cara pálida nos miró alternativamente, con suspicacia.

—¿Quién es éste? —inquirió la cara.

—Un amigo... Estamos en un apuro, Frank. Déjanos entrar.

—Está bien, pero deberías saber que a estas horas...

Pero abrió la puerta y Burnett me precedió. A pesar de sentirme al borde del desmayo arrastré el saco conmigo.

Frank Austin era un individuo de cuerpo delgado y fuerte, musculoso. Tenía la cara sin el menor asomo de color, pero se le notaba la vitalidad en todos sus movimientos. Sus ojos eran dos rendijas brillantes y escrutadoras.

Cuando advirtió la sangre que empapaba mis pantalones y parte de mi camisa pegó un respingo.

—¡Por mil demonios, Burnett! ¿Qué te has creído que es esto, el Hospital Municipal?

—No te dispaes, Frank. Hemos tenido un tropiezo con los patrulleros y...

—¿Patrulleros? ¡Pero tú estás loco! Apuesto que os han seguido hasta aquí.

—No han podido.

—¿Cómo que no han podido? —exclamó. Luego pareció comprender el significado de aquellas palabras y cerró la boca. Nos miró con redoblado interés, antes de preguntar—: ¿Quieres decir que han perdido la pista?

—Han perdido el pellejo —afirmó Burnett con tranquilidad. Frank se enderezó, respirando profundamente.

—Cuéntame —gruñó.

Burnett contó el episodio con todo detalle, incluso adornándolo con algo de fantasía truculenta en los momentos del tiroteo. Luego, satisfecho, terminó:

—Echa un vistazo a ese saco, Frank. Después nos dirás qué te parece el asunto.

Frank obedeció, despreocupándose de mí. A decir verdad, yo estaba al margen de todo aquello porque me sentía peor a cada segundo. La mitad de mi cuerpo vivía, pero la otra mitad era como si estuviera muerto o paralizado. No lo sentía, ni siquiera el dolor de las heridas ahora que estaba sentado en una silla, completamente quieto.

El dueño del apartamiento invirtió apenas dos minutos en el examen del saco y su contenido. No lo sacó fuera, sólo metió la mano y casi la cabeza dentro. Luego gruñó:

—Por lo menos, habéis aprovechado el tiempo. ¿Y la pistola?

—Tony la tiene.

—Dámela —exigió.

La saqué de mi cinturón y se la entregué. Estuvo contemplándola muy pensativo, haciéndola saltar en su mano grande.

—Una «45» —refunfuñó—. Cualquiera sabe a quién perteneció. Habrá que hacerla desaparecer...

—¿Quiere eso decir que va usted a ayudarme? —indagué con voz débil.

—Algo habrá que hacer, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Tony Garose.

—¿Vives por aquí cerca?

—No; en la calle Mortimer.

—¿Tienes familia?

—Vivo con mis padres, pero es como si viviera solo —comenté, casi con indiferencia.

Habían pasado los tiempos en que hablar de eso me producía amargura.

—¿Te buscarán si no apareces por tu casa durante unos días?

—¿Buscarme? Ni se darán cuenta. Mi padre está borracho las veinticuatro horas del día, y mi madre no regresa hasta la noche. Pasan semanas enteras que ni siquiera nos vemos.

—Eso facilitará las cosas... ¿Estás limpio?

—¿Qué?

—Quiere decir si tienes antecedentes penales, si te han detenido alguna vez —tradujo Burnett.

—No, nunca me detuvieron. No he pisado jamás un Precinto.

—¿Alguien de tu familia ha sido detenido y fichado alguna vez?

—Tampoco. Oiga, ¿va a hacerme la filiación mientras me desangro sentado en esta silla?

Sonrió por primera vez. Metiéndose la pistola en el bolsillo se acercó a un teléfono y comentó:

—Voy a arriesgarme, Tony, a pesar de que tu maldita herida me estropea una estupenda noche. Estaba esperando a una chica cuando habéis llegado...

—Sólo necesito que alguien detenga la hemorragia y me largaré de aquí —dije, furioso.

—Calma, chico, calma...

Marcó un número y cuando le respondieron habló corto y conciso con alguien llamado Asbury. Luego colgó y, volviéndose hacia mí, anunció con una pálida sonrisa en sus delgados labios:

—El médico estará aquí dentro de diez minutos. ¿Puedes andar hasta la cama o tenemos que llevarte?

—Puedo andar y...

Mientras hablaba me levanté, dispuesto a demostrarle que yo

era un tipo duro de verdad. Pero las piernas se me doblaron igual que si se hubieran quedado sin un hueso sólido en ellas, y me hubiera caído al suelo de no haber acudido Burnett a sostenerme por los sobacos.

Frank pegó un salto y me agarró también, riéndose por lo bajo.

Entre los dos me llevaron a una cama. Antes de tenderme en ella, Frank apartó las ropas de encima, quitó el colchón y dejó solo una manta vieja sobre el somier.

—No quiero que dejes sangre aquí —explicó—. Esa manta puede quemarse, pero todo lo demás sería difícil hacerlo desaparecer.

Me desnudaron y el dueño del piso estuvo unos momentos inclinado sobre las heridas.

Arrugó la nariz, disgustado.

—Un mal asunto, muchacho —comentó—. Te han dado bien.

—Peor les ha ido a ellos —rió Burnett.

—¿Tengo que aguardar al médico así, desnudo y contemplando el techo? —intervine.

—Espera..., buscaré algo viejo con que taparte.

Encontró una sábana no demasiado limpia y me cubrió con ella. Llamaron a la puerta. Burnett respingó, alarmado.

—No puede ser el médico todavía —dijo.

—Será la muchacha que esperaba...

—Despídala con cualquier excusa —pedí, alarmado. Frank se echó a reír.

—¿Crees que es una paloma inexperta, chico? Melinda tiene más experiencia que tú en estos trotes. Es de confianza.

—Aunque sea así, no quiero meter mujeres en este asunto.

—Olvidas que quien manda aquí soy yo, Tony —me advirtió sin alterarse—. Si no te gusta mi manera de hacer las cosas puedes largarte ahora mismo. ¿De acuerdo?

No dije nada. Sin su ayuda sabía que estaría perdido sin remedio.

Me dejaron solo. Escuché sus voces y la de una mujer, cambiando saludos, riendo alguna ocurrencia, y luego la de Frank contándole a la muchacha los motivos de mi presencia allí impidiéndole salir como habían planeado.

Ella pareció tomarlo bastante bien. Sólo preguntó:

—¿Es alguno de los muchachos de Monkton?

—No, pero me parece un buen elemento. Le hablaré a Monkton sobre él. ¿Quieres preparar unos tragos, preciosa? Y pon ración doble para el herido. Lo va a necesitar.

Dos minutos después entraron todos en el dormitorio.

La mujer tendría unos veintiocho años. Era alta y bien formada, casi perfecta. Perfección que acentuaba el provocativo vestido que había adaptado sobre su piel, tan apretadamente que resultaba incomprensible cómo había podido meterse dentro de la prenda.

Su rostro era muy atractivo, sin ser ninguna belleza. Sólo su boca sensual y sus ojos descarados destacaban bajo la cascada de rubios cabellos.

Se acercó a la cama ofreciéndome un vaso con una cantidad enorme de *whisky*.

—Me llamo Melinda —dijo. Tenía una voz profunda y extraña—. ¿Cómo te sientes?

—No muy bien... Gracias por el *whisky*.

Tomé el vaso y sus dedos rozaron los míos lentamente. Mi estado no era para captar sutilezas, pero incluso así no pude dejar de advertir la fijeza de su mirada ni aquel largo roce de sus dedos.

—Debe dolerte como un demonio —observó—. Estás sudando a mares.

—Hace mucho calor...

—¿Tienes fiebre?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Rió bajito. Frank tomó a Burnett del brazo y lo llevó consigo fuera de la habitación.

—Quiero hablar un momento con él —explicó—. Melinda cuidará de ti entretanto, Tony...

Cerró la puerta y ella y yo quedamos solos. Entonces apuré el contenido de su vaso, dejó éste sobre la mesita y me sonrió abiertamente, sentándose en el borde del lecho.

—¿Es cierto que has matado a los policías que te han herido? —quiso saber, muy interesada.

—Todo lo que sé es que han caído.

—Pero ¿los has matado?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —estallé—. No me he entretenido en hacerles la autopsia.

—No te sulfures, querido, no te conviene... Realmente, estás

sudando como un descargador del muelle...

Alargó la mano y pasó la punta de sus dedos de seda por mi frente. Era cierto que transpiraba de manera angustiosa; sin embargo, el contacto de sus dedos me pareció fresco y sedante.

Los sentí deslizarse desde la frente hacia abajo, hasta que recorrieron todo el contorno de mi cara y se detuvieron en el cuello. Entonces retiró la mano y me sonrió.

—Tienes fiebre —murmuró.

—Tal vez.

—¿Conocías a Frank antes de esta noche?

—No.

—Comprendo. Eres un solitario —se echó a reír con cierta burla—. Apuesto que te consideras muy importante, Tony...

—Si deseas reírte de alguien, niña, búscate un muñeco que te soporte. Empiezas a cansarme.

—No dices lo que sientes, Tony...

—¡Maldita sea! Cierra el pico o te...

Me interrumpí de golpe, porque al moverme con cierta violencia creí que alguien me clavaba un cuchillo en el costado. Un latigazo de dolor insoportable me arrojó otra vez de espaldas sobre el duro lecho y quedé inmóvil, jadeante.

—Estate quieto, tonto... Si sales de ésta te daré ocasión de que me digas lo que pensabas hacerme si no cerraba la boca. ¿Lo harás, Tony?

—Lárgate de aquí.

Sonriendo, se inclinó y vi sus labios acercarse a los míos lentamente, brillantes...

Olvidé el dolor y casi los sentí antes de llegar a su destino, pero se detuvieron a menos de dos pulgadas de mi cara. Se abrieron en una sonrisa burlona y, con la misma lentitud, ella se enderezó.

—Ya me voy —susurró—. Pero no me gusta que los hombres me aparten de su lado así, Tony..., recuérdalo.

Riendo, abandonó el lecho y se encaminó a la puerta, abriéndola y casi tropezando con un hombre que se disponía a entrar, seguido de Frank y Burnett.

Melinda se apartó para dejarles paso. Frank ordenó:

—Quédate por si el doctor necesita ayuda, Melinda.

El médico era un hombrecillo de mediana edad, equipado con

gruesos lentes que no conseguían ocultar los círculos violáceos que rodeaban sus párpados. Había un extraño brillo opaco en su mirada cuando se inclinó sobre mí, apartando la sábana de un tirón.

—¿He de operar aquí? —Gruñó después de un examen.

—¿Operar? —protesté—. No voy a dejar que me abran en canal por un sucio disparo...

—Tienes dos agujeros —repuso con el mismo tono neutro—. Uno de los proyectiles ha salido por la espalda, pero el otro está dentro todavía. Tengo que sacarlo.

—Bueno, pero...

Frank soltó un juramento.

—¡Cállate! ¿Crees que me arriesgo para darte gusto? Se hará lo que decida Asbury.

Por encima del hombro del médico, Melinda asomó la cabeza y me sonrió. Sus ojos reían con ella mientras me examinaba también. Acabé mandándolo todo al diablo y sometiéndome.

Así que el matasanos me puso dos inyecciones y comenzó a preparar su instrumental. Poco a poco todo se esfumó a mi alrededor. Me sentí débil y como si estuviera flotando en el espacio, después la niebla que me envolvía se hizo más densa... y el rostro de Melinda se alejó entre jirones grises, y todo acabó.

O empezó, ya que sólo entonces el médico comenzó su trabajo.

CAPÍTULO III

Pasé un mes en el apartamento de Frank. Durante ese tiempo no volví a ver a Melinda, pero Burnett vino casi todos los días a pasar un rato conmigo. Por él me enteré de las inútiles pesquisas de la policía, de que uno de los dos guardias había muerto instantáneamente al recibir dos balazos, pero que el otro estaba solamente herido...

Incluso me trajo todos los periódicos que hablaban del caso, y prodigó comentarios a cada párrafo.

Una de las veces en que vino, Frank entró con él y comentó con satisfacción:

—Fue una suerte que la pistola no fuera tuya. Aunque le sigan la pista no podrán identificarte jamás.

—Pero pueden seguir la pista del arma. Saben que fue robada de la tienda de Simeón.

—¿Tú crees que el judío habrá declarado que poseía una pistola sin licencia? En eso tenía razón.

De manera que, un mes después de haber sido herido, la policía casi había abandonado sus pesquisas.

Ya podía andar de un lado a otro del apartamento y, excepto cierta tirantez en el costado, me encontraba dispuesto a volver a la calle inmediatamente. No podía soportar por más tiempo aquel encierro.

Cuando manifesté estos deseos a Frank, me dijo:

—No te precipites. Antes vendrás conmigo a visitar al jefe.

—¿Qué jefe?

—Herbert Monkton. Creí que ya te había hablado de él.

—Sólo has hecho algunos comentarios. Parece que es alguien importante, ¿eh?

—¿Monkton? —se rió, como si sintiera lástima de mí—. Le he hablado mucho de ti. Le gustó saber que, a pesar de tu desesperada situación, no abandonaste el botín. Dice que eso demuestra que tienes carácter y decisión. Quiere conocerte.

—¿Para qué?

—Creo que piensa ofrecerte un empleo. Si es así, acepta, Tony. En una organización como la nuestra puedes llegar lejos, y estarás protegido en todas las situaciones en que te encuentres.

—¿Cuánto va a pagarme?

—Eso no lo sé, pero por poco que sea al principio debes aceptar. Todos han entrado cobrando poco y ahora ninguno cambiaría su situación por la de ningún otro.

—Ya veremos.

—Otra cosa —me advirtió—. A él no le gusta que la gente haga demasiadas preguntas.

¿Comprendido?

—Está bien.

Resultó que Herbert Monkton era un hombre de gran tamaño, pero fofo y con bolsas de grasa colgándole por todas partes. Su cara grasosa chorreaba sudor continuamente. Tenía manos pequeñas y regordetas, con cuatro o cinco anillos de oro y brillantes adornándolas. Su voz resultaba aguda y desagradable, no obstante era autoritaria y no parecía acostumbrado a que nadie le llevase la contraria.

—Así que éste es el chico de quien tanto me has hablado, Frank.

Me miró de arriba abajo con ojos fríos. Fue un examen tan largo que pensé que iba a terminar pidiéndome que le enseñara la dentadura.

Estaba sentado detrás de un gran escritorio, en una oficina lujosa de un edificio del centro, sobre cuya puerta había un rótulo anunciando que aquello era la *Monkton Import Company*. Una buena tapadera.

Estrechó mi mano a través del escritorio. Sentí cierta repugnancia al apretar sus dedos húmedos de sudor. Se me antojaron babosas.

—Tony Garose, ¿eh? —dijo al soltarme—. Y quieres trabajar con nosotros, según me dijo Frank.

—Depende de las condiciones.

—¿Condiciones? —Pareció extrañarse—. No te comprendo. ¿De qué condiciones estás hablando?

Frank se removió, inquieto. Yo añadí:

—Del sueldo, de la clase de trabajo que tenga que realizar... De todas esas cosas.

—¡Vaya! Condiciones... —rió y después prosiguió con voz muy amable—. Mis muchachos no imponen condiciones, Tony, las aceptan sin rechistar.

—Yo todavía no soy uno de sus muchachos.

—Un gallito —comentó, tan amable como hasta entonces—. Eso es, un gallito. No creo que me convenga darte trabajo, Tony.

—Bueno, como usted diga.

Le hice un ademán de despedida, y ya me encaminaba a la puerta cuando él me atajó:

—Ven aquí, Tony.

Me acerqué a la mesa otra vez.

Le vi buscar algo en un cajón y sacar un puñado de billetes. Estuvo contando unos cuantos, mientras hablaba en voz baja, con amabilidad.

—Nosotros somos muy estrictos en los negocios, Tony —explicó sin dejar de manosear los billetes—. Nunca estafamos a quien negocia con nuestra organización... ni consentimos que nadie nos estafe tampoco. El producto de la venta del botín asciende a trescientos siete dólares. Descontando el cincuenta por ciento que nos corresponde, quedan ciento cincuenta y tres dólares con cincuenta centavos. Ahí tienes... Reparte tú mismo con Burnett. Además, deberás pagarle a Frank los gastos que le has ocasionado...

—Ya veo... ¿Qué sueldo me pagaría usted si aceptaba el empleo?

—Cien a la semana para empezar.

—¿Y el trabajo?

—Oh, bueno, nada difícil para un chico listo como tú. Hay montones de cosas que hacer, tú sabes...

—¿Cosas que hay que hacer con la pistola?

—¿Te gusta manejar la pistola, Tony?

—No soy un asesino, si es eso lo que quiere saber.

—Pero mataste a un policía.

—Se trataba de su pellejo o el mío. No pude elegir.

—Claro que no. Supongamos que tuvieses que utilizar la pistola alguna vez. ¿Lo harías sin protestar?

—No la usaría por cien dólares a la semana.

Se echó a reír.

—Ya me dijo Frank que eras un chico ambicioso y listo. Se te pagaría extra en caso de disparar. ¿Conforme?

—Conforme. ¿Cuándo empiezo?

Se levantó por primera vez. Detrás de mí, Frank suspiró con alivio.

—¿Estás en condiciones de moverte ya, Tony? —quiso saber el jefe.

—Seguro.

—Entonces será esta noche. Acompañarás a Frank y los otros y así te darás cuenta de cómo trabajamos. Tengo la corazonada de que tú puedes llegar muy lejos con nosotros. El patrón también opina lo mismo.

—¿El patrón? —exclamé—. ¿Quién demonios es éste?

—Nadie que deba preocuparte. Es el «Patrón» para todos los que trabajamos con él. Tiene influyentes contactos, amistades en las esferas más altas de la política y los tribunales... Lo único que debes saber es que, pase lo que pase, él puede sacarnos de cualquier apuro y lo hace.

—Pero ¿cómo se llama? No me gusta trabajar para un desconocido.

—No trabajas para un desconocido. Estás a mis órdenes. Más adelante, si demuestras que vales y eres de confianza, sabrás de quién se trata e incluso hablarás con él.

—Está bien. ¿Qué tengo que hacer esta noche?

—Frank te explicará. Recibirás las órdenes a través de él. Así irás comprendiendo cómo funciona nuestra organización. Sólo de ti depende que subas hasta arriba. Y ahora, ya hemos hablado bastante. Nos veremos después del «trabajo».

Frank me acompañó a la calle y una vez en su coche, un *Dodge* bastante viejo, dije:

—No me gusta eso, Frank. Ese tipo se cree que es Napoleón.

—Monkton es «alguien», Tony, ya te irás dando cuenta. Todo lo que tenemos que hacer es obedecer sus órdenes a rajatabla. Lo demás es sólo cuestión de tiempo.

—¿Qué es lo demás para ti?

—Ascender, demonios. ¿Qué va a ser? Corren rumores de que el «Patrón» piensa ampliar la organización. Si es así, es casi seguro que yo ascenderé a la misma altura que Monkton, ¿comprendes?

—¿Y qué?

—Bueno, mi puesto quedará vacante. Y ninguno de los otros tiene capacidad para ocuparlo... Pero tú eres distinto. Tú tienes cerebro, Tony, y no te tiembla el pulso.

—Ya veo. ¿Cuánto te pagan a ti?

Me miró de reojo, mientras deslizaba el auto por entre el tráfico de las atestadas calles.

—Quinientos —dijo.

—No está mal. Pero Monkton debe embolsarse una buena tajada...

—Nadie sabe lo que gana, pero es mucho.

—Y a ti deberán pagarte lo mismo que a él si te ascienden, ¿no es así?

—Claro.

—¿Y cuánto tiempo llevas en la organización, Frank?

—Estás haciendo demasiadas preguntas, chico, pero te lo diré. Un poco más de dos años.

—Dos años... Eso es mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo, Tony?

—Demasiado para estar aguardando un ascenso. No sé si podré esperar tanto.

—¡Que les parece! —exclamó, riendo—. No sabe si podrá esperar tanto tiempo... Pero ¿qué demonios crees que es una organización como la nuestra? Hay que ganar los ascensos a pulso, chico, demostrando lo que se vale.

—Está bien, Frank, lo demostraré. Ahora háganme del asunto de esta noche.

—Espera que estemos en casa.

No pronunció una palabra más hasta que estuvimos instalados en la salita de su apartamento bebiendo *whisky* y fumando como si nos dispusiéramos a tratar de un negocio normal y corriente.

Yo dije:

—Escucha, Frank; los gastos que hayas tenido conmigo... podemos liquidarlos a medida que vaya cobrando mi sueldo. Todo

el dinero que tengo ahora es el que me ha dado Monkton, y quisiera darle algo a mi madre.

—Eso no debe preocuparte. El gasto más importante fue el médico y éste cobra de la organización todos los meses, de manera que puedes estar tranquilo.

—Entonces, de acuerdo. Veamos lo de esta noche. ¿Dónde será el golpe?

—En los muelles.

—Te escucho.

—Hemos arreglado las cosas para que a última hora de esta tarde queden tres camiones de seda de importación, pero no saldrán del almacén porque los operarios terminarán la carga justo a la hora de cesar en el trabajo del día, de manera que quedarán allí. Todo lo que tenemos que hacer es ir y llevárnoslo. ¿Sabes conducir un camión, Tony?

—Seguro, pero me parece demasiado fácil, Frank.

—Pueden surgir dificultades. Habrá que quitar de en medio a los dos guardianes, pero sin matarlos. El «Patrón» no quiere sangre, a menos que sea absolutamente necesario. Y Monkton se pone furioso si hay fiambres de por medio, así que habrá que «dormirlos» con un par de golpes. ¿Entendido?

—Está bien, pero esos guardianes van armados, Frank. Conozco lo suficiente los muelles para saber la clase de bastardos que son. Le disparan a uno por menos de un centavo.

—Tendremos que despabilarnos para sorprenderlos.

—Bueno, ¿qué haremos con los camiones?

—Los conduciremos a un garaje discreto en el que habrá otros tres aguardando. Allí trasladaremos la carga de unos a los otros y el asunto estará terminado.

—¿Vamos a quedarnos también con los camiones del muelle?

—No serán, abandonados en lugares distintos de la ciudad.

—¿Cuántos hombres tomaremos parte en la «faena», Frank?

—Cinco, contándonos nosotros dos. Rikker, Valenti y Cogan nos acompañarán. ¿Lo has comprendido todo?

—No es difícil. ¿Qué me dices de las armas?

—Te daré una cuando vayamos a empezar el trabajo. ¿Qué prefieres, revólver o automática?

—Revólver; es más improbable que se encasquille en un

momento dado.

—Está bien. ¿Quieres otro trago?

—Uno más. No me gusta beber demasiado.

—Es una sabia medida —rió.

Bebimos y brindamos por el éxito del futuro «trabajo». Antes de separarnos, todavía le pregunté:

—¿Quién ha «arreglado» el asunto con los cargadores para que los camiones queden en el almacén?

—El «Patrón». Tiene buena «mano» en los Sindicatos portuarios. Ya irás comprendiendo el poder que puede desplegar si se le antoja...

—¿Tú lo conoces?

—Naturalmente.

No quise preguntarle quién era porque estaba seguro que tampoco me lo hubiera dicho. Él se limitaba a cumplir las órdenes de Monkton, y éste había decidido que yo no podía saberlo todavía...

Bueno, pensé, dentro de algún tiempo ya veríamos. Dentro de poco tiempo, claro...

CAPÍTULO IV

Eran más de las dos de la madrugada cuando Frank y yo nos agazapamos a un lado del enorme almacén del muelle, completamente envueltos en la oscuridad.

Detrás de nosotros apenas si pudimos oír el suave roce de los pies de Valenti alejándose para ocupar la posición que tenía asignada.

Frank susurró:

—A estas horas, Cogan y Rikker deben haber cazado a uno de los vigilantes...

De manera instintiva acaricié la ganchuda culata del revólver que llevaba sujeto a la cintura. Era un «45» bien engrasado, con el número de fabricación cuidadosamente borrado hasta una profundidad que ningún experto policía podría analizar, buscando la impresión en el metal.

Pasaron varios minutos sin que se oyera el menor ruido. Frank, un poco inquieto, murmuró:

—No me gusta esto, chico. Valenti ya debería estar de vuelta con noticias de los otros...

—Quizá están buscando al segundo vigilante.

Apenas acababa de hablar cuando Valenti se materializó a mi lado como surgido de la tierra. Me dio un buen susto, aunque disimulé.

—Ya hay uno fuera de combate —anunció con voz queda—. Atado y amordazado y durmiendo como un angelito. ¿No habéis visto al otro por aquí?

—No.

—El maldito... es capaz de estar dentro del almacén. Eso iba a resultar una complicación, pensé.

Frank se enderezó, cansado de la forzada postura, y ordenó:

—Vamos a entrar y lo comprobaremos. ¿Listo, Tony?

—Okey —dije. Valenti rezongó:

—Es muy arriesgado, Frank... y más llevando un novato con nosotros. Acerqué mi cara a la suya, furioso, y le espeté:

—Este novato puede darte lecciones de todo lo que se te ocurra, Valenti... y ahora mismo si lo deseas.

Frank maldijo en voz baja y me empujó delante de él.

—¡A callar, idiotas! —ordenó.

El interior del almacén estaba oscuro como boca de lobo. Sólo al fondo, en el extremo más alejado, brillaba una luz solitaria y amarillenta que apenas si permitía distinguir los enormes fardos que se amontonaban en gigantescas pirámides.

En el centro de la especie de calle que formaban las mercancías, alineados, estaban los tres grandes camiones cargados hasta el tope.

Valenti susurró:

—No podemos ponerlos en marcha mientras haya un guardián suelto por ahí...

—Ya aparecerá —gruñó Frank, impaciente—. Entretanto, tú, Tony, ocupa la cabina del segundo y prepárate a ponerlo en marcha tan pronto oigas el motor del primero. Lo seguirás a poca distancia y te servirá de guía hasta el garaje.

—¿Quién se encargará del tercero? —indagué.

—Cogan y Rikker. Yo conduciré el primero y Valenti irá a tu lado por si sucede cualquier cosa y tenemos que separarnos durante el camino. Él podrá indicarte la ruta a seguir.

¿Comprendido?

—Perfectamente.

—Tú, Valenti —decidió Frank—, quédate todavía conmigo mientras damos un vistazo por aquí dentro. Quizá ese maldito vigilante se ha dormido en un rincón...

Nos separamos y yo me acerqué silenciosamente a la cabina del segundo camión. Comprendí que el «Patrón» debía tener grandes influencias en los Sindicatos, ya que había conseguido aquella treta, además de lograr también que las llaves de cada vehículo permanecieran en los contactos para facilitarnos la tarea.

Abrí con sumo cuidado la portezuela y puse el pie en el estribo. Entonces se encendió la luz del *tablier* y me encontré mirando el

negro agujero del cañón que me apuntaba a la cabeza.

Quedé paralizado, mirando como un idiota aquel revólver, mientras una voz baja y susurrante gruñó:

—Esperaba que uno de vosotros asomara por aquí, sucias ratas...

A la pálida luz de los instrumentos distinguí el uniforme del guardián. Era indudable que habíase quedado dormido dentro de la cabina, quizá relevándose con el otro para aliviar el sueño de la larga noche...

Pero había despertado a tiempo de sorprendemos.

—Si gritas —me advirtió en voz baja—, o tratas de avisar a tus compinches te mato... y quizá lo haga de todas maneras. Retrocede dos pasos, sólo dos para que pueda seguir viéndote con sólo esta luz...

Hice lo que ordenaba, pero dando los dos pasos tan largos como pude, de manera que al lugar donde me detuve apenas si llegaba luz alguna.

El descendió despacio, sin ruido, manteniendo el revólver firmemente apuntando a mi barriga.

—A la menor señal de alarma —gruñó—, te mato sin vacilar. Es igual entregarte vivo que muerto... y muerto no podrás volver a las andadas.

Apreté los dientes, impotente. No dudé ni por un segundo de que cumpliría su promesa. Estaba asustado a pesar de sus bravuconadas, y un hombre con un «38» en la mano, asustado, es más de temer que otro sereno...

—Ahora vas a llamar a tus compinches... Diles que ya me has cazado. Y recuerda que tú serás el primero en morir si intentas alertarlos cuando se acerquen.

—Está bien...

Antes que pudiera adivinar mis intenciones, di un salto atrás y de costado, y simultáneamente saqué el revólver de la cintura. Apenas si apunté. Todo sucedió con tal rapidez que resonó el estruendo del disparo antes siquiera que mis pies tocasen el suelo. El guardián no tuvo ni tiempo de hacer fuego y cayó hacia atrás, empujado por el grueso proyectil. Lo vi rebotar contra la portezuela abierta y rodar por el suelo, donde quedó tan inmóvil como uno de los fardos que nos rodeaban.

Todavía resonaba el tremendo estampido cuando oí los pasos

precipitados de Frank y Valenti acercándose a la carrera.

—¿Qué demonios has hecho, imbécil? —me increpó Frank, mirando al guardián con cara asustada.

—Iba a disparar contra mí —dije con voz chillona—. Además, quería que llamara a los demás para...

—¡Cállate!

—Pero, Frank, no podía dejar que me matase...

—¡Tú y tu afición a disparar...!

Valenti se volvió cuando Rikker y Cogan llegaron a todo correr, con las armas en la mano. Entonces dijo con voz estrangulada:

—El disparo habrá puesto en alerta a todos los guardias de los muelles. ¡Tenemos que escapar de aquí antes que nos cacen, Frank!

El aludido titubeó. Entonces exclamé:

—¿Y vamos a dejar los camiones? No creo que el estampido se haya oído de muy lejos, Frank. Esto es un local cerrado y abarrotado de fardos además...

—Quizá tengas razón, Tony... ¡Pero, maldita sea, no debiste tirar a matar!

—¿Crees que podía entretenerme en apuntar? Bueno, a los camiones.

Salté a la cabina del que me habían destinado al principio y, tras una vacilación, Valenti me siguió. Los otros corrieron cada uno al suyo y un minuto después corríamos en fila india por las desiertas calles.

Valenti no despegó los labios hasta que nos consideramos a salvo. Entonces gruñó:

—Ya sabía yo que contigo las cosas saldrían mal. Nunca me ha gustado trabajar con novatos...

—¿De qué diablos te quejas? Tenemos los camiones y su carga, ¿no es así?

—Pero dejamos un fiambre atrás. La policía revolverá toda la ciudad a causa de él.

—Bueno, quizá.

—Ya hablaré yo con Monkton —rezongó—. No pienso volver a operar contigo.

—Puedes irte al infierno, Valenti. ¿O estás buscando que te rompa los dientes?

—Ya salió el matón... ¿Crees que me asustan las bravuconadas

de un novato?

—Al guardia tampoco le asustaba verme —dije con calma.

Enmudeció de golpe. Instintivamente, se apartó de mí todo lo que le permitió el asiento. Eso me hizo comprender que Valenti me temía, o le inspiraba miedo mi revólver. Me pregunté si con los demás sucedería igual...

El miedo podía ayudarme a ascender, me dije.

Todo salió perfectamente. Llevamos los camiones a un garaje instalado en un solar cubierto y pasamos el resto de la noche trasladando la carga a los otros vehículos que ya estaban allí esperando, de manera que casi amanecía cuando abandonamos los tres robados en puntos alejados del garaje. De paso, calculé que la carga de los tres camiones valdría una pequeña fortuna..., que sería repartida entre «los de arriba»...

Tenía que llegar a su misma altura, decidí. No iba a conformarme mucho tiempo con los cien miserables dólares a la semana.

Tal como habíamos convenido, volvimos a reunirnos en el garaje. Para entonces se notaba un inusitado movimiento de autopatrulla por las calles, aunque se deslizaban sin utilizar las sirenas. La caza había comenzado. Al diablo con ellos.

Frank, todavía nervioso, gruñó:

—Voy a informar a Monkton de lo sucedido. Cada uno puede largarse a casa o a donde se le antoje, pero a las once deberéis estar en la oficina. Y tú, Tony, dame ese revólver.

—¿Para qué? No quiero ir desarmado ahora...

—¡Hay que hacerlo desaparecer, estúpido! —gritó, exasperado—. Ya te daré otro mañana.

Tenía toda la razón del mundo, así que le entregué el «45» y cada uno se fue silenciosamente, dejándole a él en el garaje.

Por primera vez en más de un mes, decidí volver a casa. Era el único lugar adonde ir, aparte del apartamento de Frank y me encaminé hacia allí sin mucho entusiasmo...

CAPÍTULO V

Me sorprendió encontrar a mi madre en casa. Por lo general, a aquellas horas estaba ya en su trabajo, limpiando oficinas en el centro.

Sin embargo, apenas entré en el cochambroso apartamento, su voz surgió de la cocina, plañidera como de costumbre:

—¿Eres tú, hijo?

—Sí, mamá...

—¿Sabes cuánto tiempo has estado fuera?

—Encontré un trabajo, madre. Ahora podré ayudarte y no necesitarás limpiar más oficinas. A propósito, ¿cómo es que estás en casa todavía?

—He pasado unos días muy malos, sin poder ir a trabajar. Pero hoy me encuentro mejor. Aprovecharé para ir a la lavandería por lo menos...

—Quédate en cama unos días más. Y despídete de las oficinas. Podrás conservar el empleo en la lavandería por un corto tiempo... Luego ganaré más y...

—¿Qué clase de trabajo tienes, hijo? No me gusta nada que hayas estado tantos días fuera de casa... Hasta tu padre se dio cuenta de tu ausencia...

Hasta mi padre. Casi resultaba cómico que lo dijera así...

—Bueno, madre, tal vez sea difícil de entender para ti... Es un trabajo de vendedor...

—No te creo, Tony.

—¿Cómo?

—Tú no sirves para vendedor. Nunca has sido charlatán, eres más bien taciturno, retraído y esquivo. Nadie emplea vendedores de tus condiciones.

—Estás diciendo tonterías, madre. Y basta; estoy muerto de sueño. Voy a acostarme.

—¿No quieres un poco de café, hijo?

—No. Y no vayas al trabajo hoy... Toma, eso te ayudará por unos días.

Le di cien dólares y ella se quedó con ellos en la mano, no dando crédito a lo que veía.

—¡Hijo! —exclamó con voz ahogada—. Eso es mucho dinero...

—Ya lo sé. Ahora, escóndelo porque si padre lo descubre lo gastará todo en vino.

Buenas noches, madre.

—Buenas noches, hijo...

Me acosté. Pensé que quizá le había dado demasiado dinero, no por tacañería, sino porque podría extrañarse de que súbitamente pudiera disponer de él con tanta generosidad... Incluso podría comentarlo entre el vecindario. Tendría que andar con tiento en lo sucesivo.

Dormí pesadamente y no desperté hasta las once menos cinco minutos, de manera que llegué al despacho de Monkton con notable retraso. Tan pronto crucé la puerta advertí que algo andaba mal a juzgar por su actitud y la de los demás.

—Creíamos que deberíamos mandar un coche a buscarte, Tony —me espetó Monkton, furioso—. Tal vez te consideras muy importante por haber liquidado al guardián anoche...

¿Es eso?

—Escúcheme...

—¡He escuchado a Frank y a los otros! Es suficiente para mí. ¡Maldito seas, Tony! Te dije que yo te diría cuándo debías usar la pistola y cuándo no. ¡Yo soy quien debe decidirlo y no tú! ¿O eres tan estúpido que no puedes comprender una cosa tan sencilla?

—La próxima vez dejaré que un piojoso cualquiera me agujeree las tripas sólo para que usted no se ponga nervioso. ¿Es eso lo que quiere?

Se movió con una celeridad impropia de su tamaño. No pude ver cuándo movió su mano, pero me sacudió un revés y uno de sus llamativos anillos abrió un pequeño surco en mi mejilla, porque noté la sangre deslizarse por ella.

—¡Cierra la boca! —bramó, exasperado—. ¡Nadie me habla en

ese tono y se queda tan fresco! ¿Estamos, chico?

—El guardián iba a cazarnos a todos y... Me abofeteó por segunda vez.

—¿Has comprendido lo que he dicho, Tony? —resopló. Tragué aire y lamenté no tener el revólver encima.

—He comprendido —dije— pero el guardián iba a matarme. Lo leí en sus ojos y no pude...

Un nuevo revés hizo oscilar mi cabeza de un lado a otro. Monkton, sudoroso y jadeante, gritó:

—¡Te he advertido, estúpido!

Apreté las mandíbulas hasta hacerme daño. Monkton no supo jamás lo cerca de la muerte que estuvo en aquellos instantes.

Todos los otros habían contemplado la escena silenciosos, sin intervenir en absoluto, mirándome con cara de palo. Sólo Valenti sonreía, complacido por las bofetadas que yo había recibido.

El «Jefe» sacó el pañuelo y se restregó la cara y el cuello. Con voz alterada gruñó:

—¿Has comprendido la lección esta vez, chico?

—Seguro.

—¿Y estás de acuerdo?

—Completamente.

—Eso está mejor, Tony.

Rodeó la mesa y fue a sentarse en su sillón de mando. Entonces dije suavemente:

—Pero no vuelva a ponerme la mano encima jamás, Monkton.

—¿Qué dices?

—No vuelva a hacerlo o le mataré.

Quizá fue el tono de mi voz, o tal vez acerté a espetarle aquello en el momento adecuado, el caso es que perdió el color y no replicó.

Los demás tampoco dijeron una palabra, contentándose con mirarme fijamente. Valenti había dejado de sonreír.

Monkton se echó atrás en el sillón, ofreció cigarrillos a todos y cuando los tuvimos encendidos habló con su voz normal y amable, aunque sin mirarme:

—Hay algo más que debo decirte, Tony... Hasta ahora has recibido la reprimenda que merecías por tu ligereza con el gatillo. No obstante y, a juzgar por lo que Frank me contó, el éxito de la

operación se debe a ti en gran parte. Tú te negaste a abandonar los camiones después del disparo...

No dije nada y los demás mantuvieron también la boca cerrada. Él prosiguió al cabo de unos segundos:

—Por tanto y después de tratar el asunto con el «Patrón», hemos decidido que mereces una pequeña recompensa por ese comportamiento... ¿Qué dices a eso?

—Me satisface que piensen así.

—Doscientos dólares extra —dijo, sacándolos del bolsillo y dejándolos sobre la mesa—. Eso te hará comprender que aquí debes observar estrictamente las órdenes. Lo mismo que puedes recibir una reprimenda puedes obtener recompensas según sea tu comportamiento. ¿Tienes algo más que objetar, Tony?

—Nada.

—Perfecto. Y ahora otra advertencia, muchacho... Deberás abstenerte de disparar en lo sucesivo a menos que tu vida dependa de ello. ¿Comprendido?

—Perfectamente.

—Incluso, si no se trata de un golpe realmente importante, es preferible abandonar el trabajo antes de matar a nadie. El «Patrón» tiene poderosas influencias, pero hasta para él resultaría difícil cubrir nuestra responsabilidad en un asesinato.

—Está bien.

—No obstante, Tony, si tanta afición tienes a darle al gatillo, nosotros te indicaremos cuándo, dónde y cómo debes disparar. Ésos pueden resultar también excelentes trabajos, si son hechos oportunamente. ¿Tienes alguna objeción, chico?

Sacudí la cabeza de un lado a otro. Ya comenzaba a tener experiencia, así que callé, pero pude advertir que, a pesar de su manera de hablar, segura y autoritaria, Monkton ya no me miraba igual que antes...

También al pasear los ojos por las caras de los otros descubrí cierto temor apenas velado en su mirada.

No me había equivocado: me temían. Era un primer paso.

CAPÍTULO VI

El siguiente trabajo tuvo lugar tres semanas después. Desvalijamos una joyería de barrio. Todo salió a pedir de boca y no hubo tiros ni sobresaltos.

Ocho días más tarde asaltamos un almacén de pieles finas. Casi fue asunto de risa, porque estuvimos cargando el camión en plena tarde de un sábado, haciendo viajes y más viajes del interior al camión atravesando la acera por la que circulaba la mar de gente. Pero todo el mundo creyó que éramos empleados de la casa, sin fijarse que los almacenes al por mayor guardan fiesta los sábados a partir del mediodía.

Estuvimos riéndonos de esa faena todos los días siguientes. Hasta la tirantez entre Valenti y yo pareció esfumarse ante la marcha satisfactoria de los asuntos.

Cuatro o cinco días después del asalto a la peletería, Frank me advirtió que Monkton deseaba verme.

—¿Para qué, ha llamado también a los demás? —inquirí.

—Que yo sepa, no.

—Pero tú asistirás a la entrevista, supongo. Sacudió la cabeza.

—El jefe dice que quiere hablar contigo, no conmigo.

—Bueno, ya veré qué mosca le ha picado esta vez.

Monkton me recibió en su despacho, como de costumbre. Su cara mofletuda brillaba de sudor, pero tenía una expresión satisfecha, como si los negocios marcharan viento en popa. Realmente, debía ser así porque sólo los golpes en que yo había tomado parte debían haberles dejado un buen puñado de miles.

—Siéntate, Tony —dijo, tan amable como yo no recordaba haberlo visto nunca—. Tengo un trabajo para ti.

—¿Para mí solo?

—Eso es.

Me ofreció tabaco y fumamos en silencio casi medio cigarrillo. Durante todo el tiempo él no dejó de escrutar mi cara como si buscara inexistentes cicatrices.

Al fin, decidiéndose, empezó:

—Tendrás que usar la pistola, Tony.

—No por cien dólares a la semana.

—Tendrás una prima, tal como te prometí. Mil dólares.

Casi pegué un salto. Jamás había poseído semejante cantidad. Podría buscarme un apartamento para mí solo, amueblarlo. Sería otro paso en mi ascenso.

—Bueno, explíqueme el asunto.

—Para que comprendas bien de qué se trata deberé contarte primero algunos detalles de nuestra organización, Tony. En primer lugar, ¿qué supones que hacemos con los géneros que caen en nuestras manos en cada golpe?

—No me he detenido a pensarlo, pero imagino que los sacan de la ciudad y los venden en otros puntos del país.

—Ya dije que eras listo... Eso es exactamente lo que hacemos. Tenemos representantes en varias ciudades importantes. Les mandamos los géneros, ellos los reforman un poco y los venden a buen precio. Cada encargado se queda con el diez por ciento de las ventas y nos remite el resto. ¿Comprendes?

—Por supuesto, no es nada complicado.

—Así me gusta, Tony. Bien, uno de esos encargados nos ha desafiado.

—¿Sí?

—Ha estado almacenando material. En cada una de las veces que le hemos reclamado el pago nos ha respondido que las ventas habían bajado, de manera que ha conseguido acumular géneros por valor de doscientos mil dólares... O quizá los ha vendido quedándose con el dinero. Ahora resulta que ha formado una pequeña pandilla con la que desafía nuestra autoridad...

—Comprendo.

—No podemos consentir que se desmande, ya te darás cuenta... Sería un precedente nefasto y todos los demás se creerían capaces de imitarlo. Es preciso hacer un escarmiento, Tony.

—Seguro. ¿Cómo se llama el tipo?

—Peter Okluk. Opera en Baltimore. Saldrás esta misma noche en auto.

—¿Yo solo?

—¿Es que no te atreves?

—No se trata de eso.

—Utilizarás un coche que hemos comprado de segunda mano, pero está muy bien conservado. No es llamativo porque no interesa que nadie se fije en ti. Después de ese trabajo, si vuelves con el coche, podrás quedarte con él. ¿Satisfecho?

—Por completo. Sólo me falta un silenciador para la pistola.

—Sí, es posible que te sea útil...

Rebuscó en los cajones de su mesa hasta que encontró lo que buscaba. Era un largo tubo pavonado. Saqué la automática de que me había provisto Frank y probé de adaptar el cilindro al cañón.

—Perfecto —comentó Monkton—. ¿Necesitas dinero para tus gastos?

—Ya me lo dará a mi vuelta. ¿Qué dirección es la de Okluk?

—Te la anotaré, pero debes aprendértela de memoria y quemar el papel...

Perdí quince minutos en asegurarme de que la recordaría. Entonces le devolví el escrito y contemplé cómo él mismo lo quemaba sobre el cenicero.

—No es necesario que te diga cuánto nos interesa recuperar la mayor cantidad posible del género o el dinero que ese bastardo se ha apropiado. Pero si eso fuera imposible, Tony, despáchalo sin más. ¿Alguna pregunta más antes de largarte?

—Ninguna. Prepare los mil dólares, Monkton. Es como si ya estuvieran en mi bolsillo. Se echó a reír y todavía seguía riéndose cuando cerré la puerta a mis espaldas.

Encontré el coche en el garaje de la organización. Era un *Buik* que no tendría más de dos años, brillante y pulido. Me gustó, entre otras razones porque era el primer coche propio que poseía.

Lo conduje despacio, adaptándome a él, hasta que le cobré confianza y estuve corriendo por distintas calles sintiéndome poco menos que el dueño de la ciudad.

Al fin, y casi sin darme cuenta, manejé en una dirección determinada...

Era un edificio bastante nuevo, con la fachada limpia y cuidada.

Después de dos visitas anteriores en las que no me había atrevido a pasar del portal, en esa tercera entré hasta el ascensor y subí resueltamente.

El apartamento de Melinda se me antojaba la meta de todos mis sueños amorosos. No había podido olvidarla desde la noche que estuvo burlándose de mí..., era un recuerdo obsesionante el de sus ojos, y el de sus labios rojos acercándose y luego huyendo...

Llamé a la puerta con los nudillos. Noté un estremecimiento cuando sus pasos resonaron al otro lado de la puerta. Luego, su voz susurrante preguntó quién llamaba.

—Abre, Melinda; soy Tony.

Dejó escapar una leve exclamación y me franqueó la puerta. Di dos pasos adelante, casi tendiéndole los brazos, ardiendo en deseos de abrazarla como un loco. Y entonces ella exclamó, riendo:

—¡Caramba, Frank, querido, mira quién viene a visitarnos...! Me detuve en seco. Desde el interior, la voz de Frank rezongó:

—¿Quién es?

—Tony... Tu nueva lumbrera...

—¿Tony? —se sorprendió Frank, asomando la cabeza por una puerta—. ¿Qué demonios andas buscando aquí, muchacho?

Deseé que la tierra se abriera bajo mis pies. O, mejor, deseé volarle los sesos a Frank y azotar a Melinda por el solo hecho de que sus grandes ojos se reían de mí...

—Nada... Voy a emprender un viaje y quería despedirme, eso es todo —balbucí como un idiota.

Ella dijo, riéndose:

—Qué cumplidor es, ¿verdad, querido? Frank avanzó hasta el centro de la salita.

—Cierra la puerta, Melinda —ordenó—. Y tú, chico, cuéntame qué es eso de un viaje.

—Todo lo que puedo decirte es que Monkton me manda fuera de la ciudad por unos días...

—¿Y has venido a despedirte de mí?

—Bueno, de los dos.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—He llamado a tu apartamento. Como no me respondió nadie he supuesto que..., bueno, que te encontraría en compañía de tu chica.

—Y has acertado, Tony. Estoy en compañía «de mi chica». No lo olvidarás, ¿verdad?

—No olvidaré ¿qué?

—Que es «mi» chica...

Había adivinado mis intenciones. Me encogí de hombros, furioso conmigo mismo.

—No sé qué quieres decir, pero no importa. Bueno, tengo que irme ya...

—¿Sin tomar un trago con nosotros? —En la voz de la muchacha vibraba tanta burla que temí no poder contenerme. Luego, para acabar de hundirme, murmuró—: ¿Todavía quieres apartarme de tu lado, Tony?

—Ya nos veremos a mi vuelta —tartamudeé.

Bajé las escaleras como si me persiguieran, llamándome imbécil en todos los tonos. No cabía duda que Frank se había dado perfecta cuenta de los verdaderos motivos que me habían llevado a casa de Melinda, y en cuanto a ésta, además de adivinarlos también, había gozado burlándose de mí.

Bien, quizá algún día pudiera reírme yo de ellos.

El viaje hasta Baltimore resultó sumamente aburrido. Pasé horas enteras sintiendo la comezón del furor al pensar en Melinda y Frank y en la manera cómo se estarían riendo de mí...

Después dejé de pensar en eso y estuve planeando mi futura actuación con Peter Okluk. No me cabía duda que después de un trabajo semejante el «Patrón», fuese quien fuese, me tendría muy en cuenta para los puestos superiores que quedasen vacantes. Primero, y si Frank ascendía, yo me quedaría con sus quinientos a la semana y sus prerrogativas de mando. Después, Monkton... o un puesto análogo...

Llegué a Baltimore y me instalé en un hotel modesto. Después de ducharme paseé por la ciudad, familiarizándome con su ambiente un tanto pueblerino comparado con el de Nueva York. No me gustó.

Por la noche me cambié de ropa, coloqué el silenciador en la automática y, tras introducir ésta con su largo aditamento entre el cinturón y la camisa, salí rumbo al *cabaret* donde Okluk solía pasar casi todas sus veladas.

Efectivamente, allí estaba, pero rodeado por tres de los tipos que había contratado para desafiar a la organización. Ninguno de ellos

me pareció gran cosa, pero todos juntos podían darme un disgusto si no andaba listo.

Tras estudiar sus costumbres me largué de allí. Los dos días siguientes los pasé en un espionaje de la vida y movimientos habituales de Okluk y sus guardaespaldas.

Así me convencí de que no se apartaban de él en todo el día. Sólo por la noche, cuando él se encerraba en su apartamento del doceavo piso de un edificio nuevo y rutilante, ellos se retiraban y el que se consideraba a sí mismo un gran hombre, quedaba solo.

La cuarta noche que pasaba en Baltimore fui al *cabaret* sólo para asegurarme de que mi hombre estaba allí. Después de comprobar que así era, volví a la calle y me encaminé a su apartamento sin perder tiempo.

La colección de ganzúas de que me había provisto me franqueó la entrada al cabo de diez minutos de forcejeo. El interior era de un lujo chillón y recargado, con colores que dañaban la vista en las paredes, en las tapicerías de los muebles y en los cuadros.

Lo recorrí de punta a punta. Calculé que buena parte de los doscientos mil «pavos» que Okluk estafara a la organización estaban invertidos en aquella pesadilla explosiva, seguramente debida a la mente calenturienta de un decorador chiflado.

El dormitorio estaba equipado con una enorme cama circular enorme, situada en el centro de la estancia. Pesados cortinajes colgaban de las paredes y había media docena de almohadones esparcidos encima de la alfombra. Hacía un calor apestoso allí dentro, pero cerré completamente la ventana.

Después comprobé que el lecho era cómodo y blando como una masa de algodón, de manera que no pude resistir la tentación y me dejé caer sobre él, hundiéndome tan suavemente como si flotara en el aire.

El maldito tipejo sabía cuidarse... en lo superfluo.

Tardó horas en llegar. Oí cómo abría la puerta, cómo la volvía a cerrar y daba las dos vueltas completas a la llave. Después, sus pasos, amortiguados por la alfombra, cruzaron el apartamento, dirigiéndose al cuarto de baño. Estuvo allí varios minutos.

Yo había apagado las luces poco después de instalarme en la cama, de tal manera que él no pudo sospechar que tenía visita hasta que entró en el dormitorio, silbando bajito una melodía de moda.

Dio vuelta al interruptor y la luz indirecta inundó la pieza de claridad.

Entonces me vio y el silbido se ahogó en su garganta con una nota larga y descendente, agónica. Sus dedos se detuvieron en el movimiento de deshacer el nudo de la corbata, mientras los dos nos mirábamos con fijeza.

Él abrió la boca como un pez fuera del agua. Volvió a cerrarla y, lentamente, sus manos se deslizaron hacia abajo. Luego balbució:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Tony, Peter.

—¿Y qué demonios hace en mi casa? Y otra cosa, maldito sea, ¿cómo ha entrado aquí?

—Abriendo la puerta, naturalmente, Peter... Y si yo estuviera en tu lugar mantendría esas manos quietas.

Detuvo el movimiento cuando la derecha casi desaparecía bajo la solapa de su bien cortado «*smoking*».

Todavía no le había enseñado mi largo cañón; no obstante, algo debió ver en mí que le asustó.

—Bueno —trató de gallear—, deme una explicación de su presencia en mi casa..., no se esté ahí tumbado como una mujerzuela.

—Me manda el «Patrón», Okluk. Está muy disgustado contigo.

Perdió el resto del color y se tambaleó. Sus ojos se desorbitaron y pude ver el miedo reflejarse en ellos como en un espejo.

—¿El «Patrón»? —tartajó—. ¿De quién me está hablando?

—Si no lo sabes quizá me haya equivocado de puerta, Peter.

—¡Claro que se ha equivocado! Escuche, si tiene algo que decirme venga a verme por la mañana en mi oficina. Podré atenderle mejor y discutiremos lo que sea que le preocupa. Además...

—Además, esos retrasados mentales que te escoltan podrán abrirme en canal —terminé por él, interrumpiéndole.

Entonces me incorporé, quedando sentado en el blando lecho. Su mano se deslizó una pulgada más bajo la solapa. Calculé que ya debía rozar la culata de su pistola con las puntas de los dedos.

—Vamos a discutir nuestro asunto aquí, Peter, y va a ser ahora...

Me moví con calma para apoyar los pies en el suelo. Con el

mismo movimiento empuñé la automática y cuando él quiso darse cuenta se encontró mirando el monstruoso cañón rematado por el largo silenciador.

—De momento, saca esa pistola, Peter, y hazlo con dos dedos nada más. Déjala caer al suelo antes de que me ponga nervioso...

No le quedó más remedio que obedecer. Cuando el revólver estuvo sobre la alfombra seguí dictando órdenes.

—Ahora retrocede, compañero, y siéntate en aquella butaca... Así, Peter, ponte cómodo...

Tomé su revólver, me lo guardé en el bolsillo y volví a sentarme en el borde de la cama.

Desde allí comencé a hablar cambiando de tono.

—El «Patrón» está furioso contigo, Peter —dije—. Me ha ordenado hacer un escarmiento..., algo que sirva de ejemplo para los demás distribuidores del país. Es una lástima que tengas que ser tú quien sirva de ejemplo...

—¡Espera, maldita sea! —exclamó, desesperado—. Gissing debería saber que ésta no es la manera de tratar conmigo...

—¿Gissing?

—El «Patrón». No quieras burlarte de mí. ¿Has dicho que te llamas Tony?

—Ése es mi nombre.

—Bueno, Tony, todo lo que yo he hecho ha sido con la intención de forzar a Gissing a negociar conmigo. Yo deseaba un mayor porcentaje en las ventas, ¿entiendes? Digamos un veinticinco por ciento...

—Y la mejor manera de tener ese porcentaje era quedarte con todo. Doscientos mil «machacantes»... Un buen bocado.

—Ya te he dicho cuáles eran mis intenciones...

—¿Contrataste a esos sietemesinos sólo para negociar? Me ha parecido que su aspecto era más parecido a boxeadores del peso máximo que a tenedores de libros.

—Estás juzgando precipitadamente cosas sin importancia.

—Lo único importante son los doscientos mil dólares, Peter. ¿Puedes devolvérselos al «Patrón», sí o no?

—¡Naturalmente que no! Quiero negociar con él, eso es todo.

—En ese caso, lo lamento por ti, chico...

Enderecé el cañón de la pistola. Él pegó un salto que lo lanzó

fuera de la butaca y se quedó mirándome con ojos que le saltaban fuera de las órbitas.

—¡No puedes cometer un asesinato así, a sangre fría...!

—No veo por qué no. Si pudiera devolver el dinero sería distinto, pero ahora...

Me encogí de hombros, indiferente. Comenzó a sudar por todos los poros de su cuerpo, y no solamente debido al calor reinante allí dentro.

—¡Espera! —chilló, viendo la muerte muy cerca—. Puedo darte algún dinero...

—¿Cuánto?

—¿Cuánto quieres?

—¿Yo? Te has equivocado. He de llevarle el dinero al «Patrón» o la noticia de tu muerte.

—¡Pero no tengo esos doscientos grandes, Tony! —Casi sollozó.

—¿Cuánto puedes reunir ahora mismo? Su mirada relució, con súbita esperanza.

—No lo sé con exactitud..., tal vez cien mil...

—Eso es la mitad. No me conviene, Peter, a menos que subas la oferta.

—Deberé contar todo el dinero que guardo en la caja fuerte... Hay un poco más de cien mil...

—¿Y en el Banco?

—No ingreso el dinero procedente de las ventas en el Banco. Llamaría la atención, ¿no lo comprendes? Lo guardo en mi caja...

—Vamos a verlo.

Lo empujé fuera del dormitorio. Me guió hasta la salita y allí se detuvo frente a una librería.

Antes que moviera un dedo le advertí:

—Si intentas cualquier truco, Peter, te volaré la cabeza sin dudarle un segundo, ¿está claro?

—No pienso hacer nada que...

Apartó una hilera de libros, detrás de los cuales apareció la redonda puerta de una caja acorazada. Era de tamaño mediano y de aspecto sólido, inviolable.

Manipuló en los cilindros numerados. Después sacó un manajo de llaves e introdujo una de ellas en la cerradura.

Abrió la gruesa puerta y metió la mano dentro del arca.

—Cuidado, Peter —le recordé.

Sacó un puñado de fajos de billetes. Estuvo sacando fajos hasta que casi me dolieron los ojos de ver tanto dinero junto.

—Apártate de la caja y cuéntalo sobre esa mesa —ordené.

Mientras él obedecía una vez más, me acerqué a la redonda boca de la caja y metí la mano dentro. Encontré algunos fajos más de billetes que él había dejado escondidos al fondo, así como un puñado de papeles. Advertí cómo se ponía rígido. No pudo ocultar el asalto del furor y la ira.

—Eres muy descuidado con el dinero, Peter —dije, burlón.

Arrojé los billetes que yo había sacado junto a los demás. Él estuvo contando un rato, mientras yo guardé todos los documentos encontrados y esperé con paciencia.

—Ciento treinta y dos mil, Tony —gimió entre dientes, desesperado por perder aquel dinero.

—Perfecto. ¿Con qué voy a llevarme esa «pasta»?

—Haré un paquete.

—Pero no utilices papel de periódico. Se rompe con demasiada facilidad. Empleó papel grueso. Quedó un envoltorio de regular tamaño. Entonces suplicó:

—Devuélveme esos papeles, Tony. A ti no van a servirte de nada y a mí me son muy necesarios...

—Seguro, Peter. ¿Piensas utilizarlos para convencer al diablo de lo listo que eres?

—¡Pero, Tony...!

Retrocedí hasta la puerta de la salita. Él quedó de pie al lado de la mesa, mirándome aterrado, vacilante, con las piernas temblorosas...

Entonces disparé dos veces. Okluk acusó los impactos desplomándose de espaldas sobre la mesa que poco antes había contenido una fortuna.

Acababa de ganarme mil dólares.

Y, lo que era más importante todavía, había escalado un peldaño más hacia la cumbre.

CAPÍTULO VII

Monkton casi me abrazó cuando rompí el papel del envoltorio y dejé que los ciento treinta y dos mil dólares se desparramasen encima de su escritorio.

—¡Magnífico, muchacho! —gorjeó lleno de entusiasmo—. He de confesarte que no creí que pudieras recobrar ni la cuarta parte de esta suma...

—No soy ningún tonto, Monkton. Sé cómo deben hacerse estas cosas.

—Seguro, seguro, muchacho...

Separó algunos billetes de distintos valores, dudó un segundo y añadió algunos más al montoncito.

—Ahí tienes —dijo—. Dos mil por tu trabajo. A juzgar por las noticias que llegan de Baltimore, la policía achaca la muerte de Okluk a un ladrón que desvalijó su caja fuerte. La encontraron abierta según los periódicos.

—No la cerré precisamente para que creyeran eso.

Me miró, lleno de admiración; como un profesor que contempla embelesado a su alumno predilecto.

—Excelente, Tony, excelente... Hablaré de ti con el «Patrón». Quiero que sepa lo buen muchacho que eres.

—Hay algo más todavía, Monkton.

—¿Sí? Dime, Tony...

—Okluk había previsto que nosotros trataríamos de ajustarle las cuentas, aunque tenía la esperanza de negociar y obtener más porcentaje.

—Eso demuestra que era un estúpido.

—No tanto como usted cree. Antes de arriesgarse se entretuvo redactando una declaración completa detallando cómo funciona la

organización, de qué manera se distribuyen los géneros robados, quiénes son los jefes, quién es el «Patrón» y cómo actúa, quiénes son los diferentes agentes distribuidores de cada ciudad...

—¡Maldición! —estalló Monkton, pálido como un cadáver—. ¿Qué se hizo de esa declaración?

Por toda respuesta, saqué los documentos hallados en la caja fuerte y los deposité sobre la mesa, al lado de los billetes.

—Aquí la tiene... Me he divertido leyéndola en los descansos del viaje de vuelta.

Se arrojó sobre los papeles como si quisiera estrujarlos, pero en realidad se dedicó a leerlos de arriba abajo con todo detalle, sudando de angustia y con las manos temblorosas.

Cuando terminó no pudo contener un largo suspiro de alivio.

—Tony —murmuró—, no tengo necesidad de decirte lo que significa eso para todos nosotros.

—Lo sé.

—Has salvado nuestra organización. Hay suficiente material aquí escrito para llevarnos a todos a la silla eléctrica..., incluyendo al «Patrón». Me gustaría saber cómo ese bastardo pudo reunir todos esos detalles, esos informes de hechos que sucedieron hace años y que yo mismo había olvidado...

—Ya pensé que le alegraría poder destruir usted mismo esos papeles.

—No los destruiré todavía, muchacho. Antes quiero que los vea el «Patrón»... Y ahora que me doy cuenta, si has leído todo esto ya sabes quién es, ¿no es cierto?

—Seguro; Malcom Gissing. Incluso sé dónde vive. Sonrió afectuosamente.

—Ahora ya no importa, muchacho. Has demostrado que vales mucho más que ninguno de los otros.

«Incluyéndote tú», pensé con satisfacción.

Pero mantuve la boca cerrada y él movió su grasienta humanidad, rodeó la mesa y vino a colocar una mano sobre mi hombro.

—¿Quieres irte a descansar o prefieres acompañarme a ver al «Patrón»?

—No estoy cansado.

—Bien, siendo así...

El timbre del teléfono le interrumpió. Tomando el auricular escuchó brevemente, gruñó un par de disposiciones, asintió y al fin devolvió el receptor al soporte.

—Lo siento, Tony. No podemos visitar ahora al «Patrón». Tengo que atender otro asunto antes... Pero te prometo que lo verás esta noche, después de la fiesta.

—¿De qué fiesta?

—¿Es que no sabes...? Pero, claro, has estado fuera cuatro o cinco días. Se trata de Frank y su ascenso.

Respingué, sorprendido.

—¿Ascenso? —pregunté, de manera inocente—. ¿Cuándo ha ascendido?

—Ayer se le notificó. Hemos organizado una pequeña fiesta para celebrarlo y estarán todos los muchachos. También tendremos chicas para animar la reunión y música. Será a las diez, en el salón interior del *Flamingo*. Tú ya conoces ese lugar, Tony.

—Seguro. Y sé que le pertenece a usted, Monkton, aunque casi nadie lo sabe... Sonrió, satisfecho.

—Eres listo, Tony..., muy listo. Casi me asustas.

—Tonterías. ¿Qué puesto va a ocupar Frank ahora?

—Uno tan importante como el mío. Él se encargará exclusivamente de organizar los asaltos y controlar a los muchachos. También tendrá a su cargo la rama de la prostitución y las bebidas. Va a tener mucho trabajo de ahora en adelante.

—¿Y usted, Monkton?

—Vamos a ampliar nuestras actividades. Tendré que encargarme de toda la parte financiera... y vamos a iniciar el negocio de las drogas en gran escala. Está todo a punto, Tony, no te preocupes.

Envidié a Frank, entre otras razones porque me consideraba más listo y decidido que él para los negocios a que había sido destinado. Pero, conociendo a Monkton, me abstuve de expresar mis ideas en voz alta.

El estrechó mi mano y me recordó:

—A las diez, no lo olvides. Yo hablaré después con el «Patrón», aunque sólo sea por teléfono, y lo contaré lo que te debemos. Puedes aprovechar el resto de la tarde para descansar, ¿eh? Has trabajado bien, Tony..., eres un buen muchacho.

Me encontré en la calle casi sin darme cuenta. Frank había

llegado arriba. ¿Cuánto ganaría en su nuevo puesto?

Además, iban a emprenderse nuevas actividades. Drogas, control de la prostitución...

Eso produciría millones al año. ¿Cuánto me tocaría a mí de esos millones?

Apenas unos centavos, pensé. Había que hacer algo para forzar los acontecimientos.

Tomé el coche y me dirigí a casa, aunque lo estacioné a cierta distancia para que no me viera el vecindario con aquel bonito modelo casi nuevo.

Mi madre no estaba en casa. Encontré a mi padre sentado en una silla, en el comedor, caído sobre la mesa con la cabeza apoyada en un brazo doblado. El otro le colgaba a un lado, casi rozando el suelo con las puntas de los dedos.

Sobre la mesa había una botella de vino vacía. Un vaso de grueso cristal había rodado y caído al suelo donde estaba hecho pedazos. Algunas gotas de vino tinto italiano se habían esparcido alrededor de los trozos de cristal.

Sentí algo que nunca antes había experimentado hacia el viejo. No fue exactamente lástima, sino una suerte de ternura extraña que me impulsó a acercarme a él y ponerle la mano sobre el hombro.

—Padre —murmuré.

No me oyó, sólo se removió un poco, barbotando algo entre dientes. Después, volvió a quedarse dormido y su respiración se hizo espasmódica.

—¿No me oye, padre? —insistí, más fuerte. Esta vez ni se removió siquiera.

Me sentí terriblemente solo. Me faltaba algo y no sabía qué pudiera ser. Tenía más de dos mil dólares en el bolsillo, un coche como siempre había ambicionado, pero no tenía lo que verdaderamente deseaba. Y, lo más raro de todo esto, es que ni yo mismo sabía bien qué era lo que echaba de menos...

Entonces, obedeciendo a un impulso irresistible, saqué algunos billetes, conté cincuenta y los deslicé entre los dedos de la mano sarmentosa que descansaba sobre la mesa. Así los encontraría tan pronto despertara...

No quise darle más por temor a que llamase la atención de todo el barrio con su entusiasmo.

Entonces llegó mi madre y al verme se detuvo en el umbral. Me pareció avejentada, cansada y demacrada. Fugazmente, la recordé en los años de mi primera infancia, cuando me mecía en sus rodillas y me contaba historias de la lejana Italia... Entonces era atractiva. A mí se me antojaba la más hermosa de todas las mujeres de la Tierra.

—Deberías avergonzarte, Tony —me reprochó con voz cansada.

—¿Avergonzarme?

—Días y días que no sabemos nada de ti. Ya no vienes ni a dormir. Eres un descastado al que tendré que avergonzarme de llamar hijo mío.

—Estás exagerando, madre. ¿Por qué tendrías que avergonzarte de mí?

—Te advertí —machacó, sin hacerme caso—. Te dije que esas amistades que tienes te perderían... Y ahora estás noches y más noches sin venir a casa. ¿Vas a decirme que estuviste trabajando también en esta ocasión, Tony?

—¡Claro que estuve trabajando! Y tengo dinero, madre. Más dinero del que ganarás tú en toda tu vida.

—Algún día pagarás un precio muy alto por ese dinero, hijo... No te lo envidio.

Quedé sin habla. Poco a poco fue poniéndome furioso, aunque a mi pesar reconocí que no podía hacerle ningún reproche por su actitud. Ella era quien se había sacrificado años y años, matándose a trabajar en faenas duras y humillantes, renunciando a todo lo que una mujer desea tener alguna vez, incluso quedándose a veces sin comer para que no me faltara a mí o a mi padre, a despecho del embrutecimiento en que éste había caído.

Todo lo que se me ocurrió, después de calmarme con esfuerzo, fue sacar un puñado de billetes y dejarlo sobre la mesa.

—A pesar de todo, madre, ahora puedo ayudarte. ¿Qué importa de dónde procede el dinero si nos saca de la miseria?

—Sí, importa, Tony...

—¡Oh, al diablo con esas tonterías de vieja! Te traeré dinero cuando pueda, pero creo que voy a mudarme a otro apartamento. No podría soportar tus sermones a todas horas. Salí tan furioso que hubiera podido aplastar a cualquiera que hubiese tratado de cerrarme el paso. Detrás de mí oí los sollozos de mi madre y eso acabó de sacarme de quicio.

Estuve dando vueltas por las calles a bordo del *Buick* hasta la hora de asistir a la fiesta. Frank era el centro de la reunión. Todo el mundo se apresuraba a felicitarle, palmeándole la espalda. Había más gente de la que imaginara ya que, además de Valenti, Cogan y Rikker, estaban allí varios muchachos que trabajaban en otras pandillas menos importantes, algunos dueños de establecimientos pertenecientes a la organización, y, naturalmente, Monkton, que contemplaba el movimiento derrumbado sobre una gran butaca. Fumaba un enorme cigarro y sus anillos lanzaban chispas de luz al mover sus gordezuelos dedos.

Cuando me vio, Frank se desentendió de los demás y vino a mi encuentro. Al estrecharle la mano, murmuró:

—¿Recuerdas que te lo dije, Tony?

—Te felicito, Frank. No estarás molesto conmigo por lo de la otra noche, ¿verdad?

—¿Qué noche?

—Mi despedida.

Soltó una carcajada divertida.

—¡Qué chiquillo éste! Escucha, Tony. Sé que ibas en busca de Melinda, pero en realidad eso ya no me importa. Ahora tengo otra muchacha más... Bueno, de más categoría, ya me entiendes.

—También has ascendido en ese aspecto, ¿eh?

—Seguro.

—¿Y cómo lo ha tomado Melinda?

—Ya te dije una vez que es una muchacha lista. Ella sabía que eso tenía que suceder algún día, de manera que ni se alteró cuando se lo dije. Claro que la recompensé, tú comprendes...

—Ya veo. ¿Estará aquí esta noche?

—No. Sería demasiada condescendencia por su parte, ¿no crees? Francis vendrá después y hubiese resultado violento que se encontrasen las dos cara a cara.

—¿Se llama Francis?

—Sí; ya la verás. Muchacho, en tu vida has visto nada semejante... ¡Qué mujer, Tony!

La voz de Monkton nos interrumpió, llamándome. Me acerqué al gordo y él me señaló una silla.

—Acércala y siéntate, Tony —dijo—. Tengo algunas cosas que decirte.

Hice lo que me indicaba. Encendí un cigarrillo mientras él seguía arrancando nubes de humo a su aromático cigarrillo de a dólar.

—He hablado con el «Patrón» hace apenas una hora —empezó.

—Supongo que estará satisfecho.

—¡Oh, claro que lo está! El tampoco confiaba en recuperar el dinero. Pero lo que le ha hecho saltar de entusiasmo ha sido el hecho de que te trajeras la maldita declaración de Okluk. Se me eriza el pelo solo con imaginar lo que hubiera sucedido si esos papeles hubiesen llegado a manos de la policía.

—¿Cuándo podré hablar con él, Monkton?

—Mañana. Te ha citado para las nueve de la noche.

—Bueno.

Permanecemos en silencio unos minutos, hasta que él volvió a la carga.

—Me ha dicho algo más, Tony, referente a ti.

—¿Qué es ello?

Sonrió, dándose importancia, y dejó pasar más de un minuto, sabiendo que me tenía intrigado. Al fin, decidiéndose a soltar su bomba, anunció:

—Si te lo digo ahora tendré que repetir las cosas dos veces. Ya sabes que no me gusta repetir lo que digo...

—No entiendo una palabra.

—Bueno..., fíjate —agitó su destelleante mano para llamar la atención, gritando al mismo tiempo—: ¡Eh, muchachos, un momento!

Uno tras otro, todos fueron acercándose formando un círculo a nuestro alrededor. Frank fue a colocarse al lado de Monkton, como pregonando que su puesto, a partir de aquella noche, era justamente a la misma altura del «jefe».

Éste esperó a que se hiciera el silencio. Después, empezó a hablar con tono declamatorio.

—Todos sabéis que estamos aquí para celebrar el brillante ascenso de Frank, pero quiero aprovechar para comunicar otra noticia importante, aunque con ello escamotee el motivo de otra fiesta tan agradable como ésta.

Frank me miró y sonrió. Noté que algo golpeaba con más fuerza en mis sienes.

El gordo prosiguió en el mismo tono:

—Al ocupar Frank su nuevo puesto directivo, queda vacante el que había desempeñado hasta ahora. Es un trabajo importante también dentro de nuestro negocio, se necesitaba a alguien inteligente para suplir a Frank; alguien valiente también... y que no perdiera la serenidad en los momentos críticos. Opino que todos estaréis de acuerdo con nuestra elección.

Apenas pude permanecer sentado y quieto. El silencio era total cuando Monkton añadió:

—Hemos decidido nombrar a Tony Garose para el puesto de Frank.

Durante un segundo nadie dijo nada. Después, las voces se elevaron y me encontré rodeado por un remolino de caras sonrientes, apretones de manos, golpes en la espalda y frases de felicitación.

Burnett apareció como por arte de magia y me sacudió la mano con entusiasmo.

No pude entender lo que me decía debido al revuelo que se había armado.

También Frank se abrió paso por entre aquel jaleo y me felicitó con calma, demostrando que él estaba ya enterado del nombramiento mucho antes que los demás.

Poco después, llegaron las chicas y empezó el baile. Eran todas elegidas entre las mejores que «trabajaban» bajo el control de la organización, pero ninguna de ellas consiguió interesarme.

Estaba demasiado absorto pensando en mi primer ascenso. Quinientos a la semana. Dos mil dólares al mes... y el camino abierto hacia la cumbre.

Avanzada la noche, Monkton me cazó en el bar y gruñó:

—¿Qué te pasa, Tony? No veo que te diviertas como los demás.

—Estoy cansado del viaje, Monkton. Creo que me marcharé a dormir. ¿Querrá despedirme de Frank? Dígale que le veré mañana...

—Bueno, pero te pierdes lo mejor de la fiesta. ¿No hay ninguna chica que te guste?

—Todas, pero estoy demasiado cansado esta noche.

—Está bien, está bien... Pero por la mañana quiero verte en mi oficina. Hay muchas cosas que debemos tratar tú y yo. ¿Comprendido?

—Perfecto.

Salí en busca del coche, pero no me marché a dormir sino que emprendí el camino del apartamento de Melinda.

La casa estaba silenciosa cuando llegué. Apreté el botón del timbre desde abajo hasta que ella disparó la cerradura automática y pude entrar al oscuro zaguán.

Subí por las escaleras para evitar el ruido del elevador. Llegué al piso jadeando y cansado, pero la vista de la rendija iluminada de su puerta me reanimó.

—¿Eres tú, Tony? —murmuró, mirándome a través de la estrecha abertura. Vi que tenía pasada la cadena de seguridad y exclamé con voz queda:

—Quita esa cadena, Melinda. Quiero entrar.

—¿A estas horas?

—No me hagas hablar en el pasillo. Vengo de la fiesta. He hablado con Frank.

—¿Y qué con eso, Tony?

—Él ha ascendido. Tú no.

—¿Has venido solo a decirme eso?

—Tú sabes a lo que he venido. Abre esa puerta de una maldita vez.

—¿Estás seguro de que quieres entrar, querido?

Estaba jugando conmigo. Le sonreí a través de la rendija.

—Quiero entrar —dije.

—Pero, Tony...

—O abres la puerta o la echo abajo, Melinda.

Me miró larga y escrutadoramente. Sonrió y desapareció de mi vista. Entonces me abrió la puerta.

CAPÍTULO VIII

A los dos meses justos de ocupar mi nuevo puesto sucedió el primer contratiempo serio. Terminábamos de vaciar un almacén de artículos deportivos. Habíamos cargado con material que debía valer sus buenos treinta mil dólares al precio a que lo vendíamos, cuando al poner en marcha el camión el motor emitió una falsa explosión que retumbó en el silencio de la noche igual que un cañonazo.

Rikker saltó fuera del vehículo con el revólver en la mano. La calle, solitaria y oscura, era apenas un pozo negro al final del cual brillaban las luces de la Tercera Avenida.

—¿Qué hacemos, Tony? —exclamó—. Esa explosión debe haberse oído en toda la ciudad.

—¡Vigila! —exclamé—. Tú, Cogan, pon en marcha ese trasto y no te preocupes del ruido. Pase lo que pase lárgate con él.

El motor protestó ruidosamente, pero al fin giró con regularidad y todos lanzamos un suspiro de alivio.

—¡Arriba todos! —ordené.

En el mismo instante y, saliendo de no sé dónde, apareció un guardia gritando que nos detuviéramos. Para acabar de convencernos de que hablaba en serio nos soltó un tiro que se hundió en la carrocería del camión.

Desde la cabina, Valenti chilló que estábamos perdidos.

No le hice caso, pero le mandé un plomo al policía sabiendo que no le alcanzaría. Ni siquiera podía verlo en la oscuridad.

—¡Rápido, lárgate con el camión! —grité, disparando otra vez.

El pesado vehículo salió disparado con una acelerada brutal que hizo chirriar todos los piñones del cambio de marchas.

Rikker y yo habíamos quedado en tierra, ya que Valenti y Cogan

tripulaban el camión, de manera que debíamos despabilarnos por nuestra cuenta.

—¡Vamos a correr pegados a las paredes! —Advertí a Rikker, mientras buscaba al guardia en la oscuridad—. A menos que ese pies planos tenga ojos de gato no podrá vernos... creo yo.

—Muy bien, Tony. Que cada uno se las apañe, ¿eh? Él no puede perseguir a más de uno a la vez.

—Andando.

Eché a correr como un gamo. Detrás de mí oí los pasos de Rikker y el estridente silbato del policía. Éste hizo fuego otra vez, pero a ciegas, guiándose por el sonido de nuestros pasos.

Seguimos corriendo en busca de una calle lateral con poca luz. En alguna parte, demasiado cerca para mi tranquilidad, otro silbato comenzó a escandalizar, en respuesta al primero. También una sirena de los patrulleros se unió al concierto. La cosa estaba poniéndose seria de verdad.

Entonces doblé la esquina a toda velocidad. Ya no sonaban más disparos, pero las carreras de los policías habían aumentado en número a juzgar por el ruido, de manera que no me entretuve en pegarme a las paredes, sino que corrí por la acera como no lo había hecho nunca.

Repentinamente, desemboqué en una calle iluminada en la que se veía un poco de movimiento a pesar de lo tardío de la hora. Paré en seco y anduve un trecho obligándome a guardar un paso normal y tranquilo. Incluso encendí un cigarrillo y fumé con calma, esperando ver aparecer a Rikker en cualquier momento.

Pero no vi rastro de él en todo el camino de regreso a nuestro punto de reunión, en el garaje.

Cogan y Valenti estaban esperándonos, muy nerviosos. Cogan gruñó:

—Justo nos ha ido esta vez, Tony.

—No todo va a salir a nuestro gusto...

—¿Y Rikker?

—No sé dónde está. Nos hemos separado al escapar. Valenti refunfuñó:

—Seguro que ha caído.

—Eres un ave de mal agüero —le espeté—. Si tienes tanto miedo, ¿por qué no te dedicas a cazar mariposas, Valenti?

—¿Quién te ha dicho que tengo miedo?

—No necesito que nadie me lo diga. Es suficiente con verte la cara.

—¡Maldita sea, Tony! Estás llamándome cobarde.

—Seguro que sí, pero ahora no tenemos tiempo de discutir. Hay que trasladar esa carga al sótano. De eso nos encargaremos tú y yo, mientras Cogan saca una rueda y deja el cacharro ese apoyado en uno de los caballetes de hierro, como si estuviera en reparación. También puedes desarmar algunas piezas del motor para dar más realismo a la cosa. Así, si algún polizante asoma la nariz aquí creará que el camión está siendo reparado. ¿Comprendido, Cogan?

—Eso estará hecho en un minuto.

Tardó algo más de un minuto, pero poco después se unió a nosotros para ayudarnos a descargar y bajar las mercancías al disimulado sótano del garaje.

Cuando terminamos, Cogan se acordó otra vez de Rikker.

—Debe haberle sucedido algo —rezongó—. No es posible que tarde tanto en llegar aquí.

A la mañana siguiente nos enteramos de que había sido detenido mientras trataba de escapar. Escuchando a unos y a otros, saqué en limpio que había tropezado con la tapa de un cubo de basura, cayendo al suelo y dando tiempo así a que los policías le echaran el guante sin dificultad.

Hablé de eso con Monkton a primera hora de la tarde, tan pronto como apareció por la oficina.

El gordo se asustó más de la cuenta.

—Mientras mantenga la boca cerrada —gruñó—. Hay que decírselo al «Patrón» a ver si puede sacarlo del atolladero.

Yo había tenido ya un par de entrevistas con Malcolm Gissing, así que me encargué de acudir al lugar que él había indicado para las reuniones de urgencia.

Gissing era un hombre de unos cincuenta años, distinguido y vestido con sobria elegancia. Aparentemente, tenía negocios hoteleros, pero si los del *Fisco* hubieran podido averiguar sus verdaderas entradas de dinero todos los años, habrían quedado agradablemente sorprendidos... y el «Patrón» se hubiera podrido entre rejas.

Acudió puntualmente, preocupado por la urgencia del aviso.

—¿Qué ha sucedido, Tony? Monkton parecía a punto de echarse a llorar por teléfono. Le conté cómo había sido capturado Rikker y la cosa no le gustó nada en absoluto.

—¿Estás seguro de que no ha caído ninguno de los guardias?

—Bien seguro, patrón. No podíamos acertarles ni queriéndolo. Estaba demasiado oscuro.

—Está bien. ¿Y la mercancía?

—Ésa está a buen recaudo, en el sótano del garaje.

—Menos mal... Mandaré a nuestro abogado para que se encargue de Rikker. Lo sacaremos bajo fianza y luego ya veremos.

—¿Pertenece ese abogado a la organización también?

—No. John C. Carver es demasiado importante para proponérselo siquiera. Sólo contratamos sus servicios por mediación de la compañía de Monkton. Pero se trata del mejor abogado criminalista de la ciudad y vale la pena pagarle lo que pide por sus defensas. Por lo demás, veré qué juez será el encargado de la causa preliminar. Si es de los «nuestros» todo irá bien.

—Me alegro por Rikker. Es un buen muchacho.

—Tú también lo eres, Tony. Y listo además... Desde que estás en el puesto de Frank, no hemos perdido un solo botín.

—En eso consiste mi trabajo, ¿no?

—Claro. Dime, Tony, ¿qué opinas de Monkton?

—No comprendo su pregunta. Después de todo, usted hace mucho tiempo que lo conoce.

—Quiero saber tu opinión, muchacho.

—Bueno, considero que es demasiado fofo y blando. Lleva demasiado tiempo dándose la gran vida, sin moverse ni correr riesgos. Se ha viciado, si es que comprende lo que quiero decir.

—Perfectamente. ¿Crees que es de fiar? Sorprendido, le miré sin dar crédito a mis oídos.

—Usted se fía de él desde el momento que le colocó en el puesto que ocupa.

—Cuando hice eso no disponía de nadie mejor que él.

—¿Y ahora sí?

—Seguro. Escúchame; ya estás enterado de que hemos ampliado nuestro campo de acción, ¿no? Pues bien, los «negocios» que dependen de él no marchan nada bien. Le he llamado la atención varias veces sin conseguir nada... La última incluso llegó a gritarme

por teléfono...

—Yo en su lugar no me preocuparía por eso, patrón.

¿Quiere que le advierta de los riesgos a que se expone con su manera de actuar?

—No creo que consigueses nada. Tú odias a Monkton, ¿no es verdad, Tony?

—Bien, pongamos que no le tengo simpatía.

—¿Por qué?

—Me pegó unas bofetadas cuando yo no podía defenderme.

—Ya veo.

—¿A dónde quiere ir a parar con todo esto?

—A que no podemos fiarnos de Monkton... Tal como tú has dicho, se ha «reblandecido». Es incapaz de hacer nada por su cuenta, y cuando un tipo metido en nuestro negocio se debilita puede causar daños irreparables... Incluso puede soltar la lengua si se encuentra en un apuro.

Mi cabeza comenzó a zumbarme como una dínamo. Todo aquello podía resultar altamente interesante para mí. No obstante, sólo dije:

—Monkton es importante en la organización, *míster* Gissing. Los muchachos están acostumbrados a obedecerle... Les cae simpático.

—Ése es el problema...

—¿Problema?

—Mira, Tony; no eres ningún tonto —comentó con cierta impaciencia—. Monkton se ha convertido en un freno para los negocios en grande que tenemos en marcha. En un estorbo.

—Ya veo. Los estorbos es preciso eliminarlos. ¿Es eso lo que quiere decirme, *míster* Gissing?

—Exactamente.

Sentí acelerar el ritmo de mi sangre.

—¿Y quién ocupará el puesto de Monkton si él muere? Sonrió, echándose atrás en su silla.

—¿A ti qué te parece, Tony? Pero es prematuro hablar de eso mientras Monkton siga ocupándolo. Ven a verme cuando hayas acabado ese trabajo y entonces podremos discutirlo.

—Eso es suficiente por el momento —dije, a punto de saltar de entusiasmo—. Sin embargo, matar a Monkton puede desmoralizar a los demás...

—Hazlo sin utilizar la pistola... Ya sabes, un accidente desgraciado lo puede sufrir cualquiera... Eso es asunto tuyo. Lo dejo enteramente en tus manos.

Se levantó, me miró durante unos instantes con una leve sonrisa en su cara aristocrática, y se marchó.

Salté de la silla como impulsado por un resorte, exultante de entusiasmo. Prácticamente, estaba en la cumbre...

CAPÍTULO IX

Aquella misma tarde conocí al abogado John C. Carver. Era un hombre extraordinariamente alto, recio y agresivo. Sus ojos eran grises y se clavaban en uno como si quisieran taladrarle el cráneo para ver los más recónditos pensamientos que ocultaba en la mente. Vestía con esmero y no disimuló en ningún momento la poca simpatía que le inspiré desde el primer instante de conocemos.

El único que habló en un principio fue Monkton, explicándole el apuro de Rikker. Carver torció el morro al escuchar la historia con todo detalle. Luego gruñó:

—Usted sólo me llama cuando no hay manera de defender a sus hombres. ¿Por qué demonios no cambian de oficio o tienen más cuidado en el suyo?

—Usted es abogado, de manera que su deber es defender a la gente en apuros. Además, cobra unas cifras astronómicas —se rió con sincera admiración—. No hay otro abogado mejor, Carver; por eso le pagamos sus minutas que le permiten vivir como un pachá. ¿Va a encargarse de Rikker sí o no?

—Lo haré, pero por adelantado puedo decirle que no existe manera de sacarlo libre. Tendrá que conformarse con una condena más o menos corta, pero es seguro que le condenarán. Le tienen bien agarrado. Además, es reincidente. Tiene un expediente más largo que el puente de Queensboro.

—Usted haga lo que pueda, no le pido más.

Carver se levantó, calándose el sombrero gris perla y recogiendo su cartera de mano.

—Durante el proceso mantenga quietos a sus muchachos, Monkton. Con uno en el banquillo ya es suficiente.

Me miró desde su altura, escrutadoramente. No me levanté para

despedirle y él giró sobre los talones y abandonó el despacho gruñendo apenas una despedida.

—No me gusta —dije. Monkton se rió.

—Algún día te sacaré de apuros. No hay mejor picapleitos criminalista en toda la ciudad.

—A pesar de eso sigue sin gustarme. ¿Vamos a estamos con los brazos cruzados hasta que decidan qué van a hacer con Rikker?

—No nos queda otra alternativa, a menos que el «Patrón» opine lo contrario. Carver es muy quisquilloso.

Estuve mirando la cara sudorosa y grasienta de Monkton un rato, mientras mis ideas giraban locamente en busca de la manera de eliminarle sin alboroto...

—¿Qué vas a hacer esta noche, Tony?

—¿Esta noche? No sé..., quizá vaya al cine. ¿Por qué?

—Poco antes de que llegases ha telefoneado Melinda. Parecía impaciente por verte, muchacho.

Soltó una carcajada que repercutió en mi cabeza, como un golpe. Sólo le sirvió para remachar otro clavo en su propio ataúd.

Y todavía añadió:

—Fue una cosa divertida. Al mismo tiempo que pasaste a ocupar el puesto de Frank, ocupaste su lugar en el corazón de Melinda. Un traspaso completo de poderes...

Siguió riéndose. Me levanté, largándome de allí antes que no pudiera contenerme y le volara los sesos sin más demoras.

Anduve hasta el garaje, donde un mozo acababa de sacar brillo a mi *Buick*, tomé el volante y di un largo paseo sin cesar de reflexionar en el problema que representaba la eliminación de Monkton.

No dudaba que, muerto él, su puesto sería para mí. En pocos meses habría alcanzado la cumbre. Miles y miles de dólares al año. Un apartamento de lujo como el de Monkton. Un *Cadillac* último modelo... y una mujer con tanta clase como la de Frank, cuya sola apariencia le dejaba a uno sin respiración. Era la mujer más perfecta que yo recordaba haber visto jamás... Parecía una de esas señoras que aparecen en los periódicos, ataviadas con joyas y trajes de noche, asistiendo a la ópera, o a los estrenos de campanillas...

Detuve el coche frente a la casa de Melinda. No estaba de buen humor, pero no tenía otro sitio adonde ir como no fuera a mi casa,

y esa idea no me seducía en absoluto. Por lo menos, con Melinda uno podía hablar de cualquier tema que se antojara.

—No te esperaba, Tony —susurró, abrazándose a mi cuello después de cerrar la puerta.

—Pensaba ir al cine esta noche. ¿Qué te parece si me acompañas?

—¡Estupendo! No tardo ni un minuto en cambiarme, amor... La besé antes que se desprendiera de mí.

Me entretuve en preparar unas bebidas y con mi vaso en la mano me acerqué a la puerta de su habitación. La vi sentada ante el tocador, maquillándose con cuidado.

Me miró a través del espejo y sus labios rojos me sonrieron.

—Eres muy hermosa —dije con voz ronca.

—Te quiero, Tony —susurró como respuesta—. Lo creas o no, te amo. No recuerdo haber sentido nunca nada semejante por ningún hombre...

Detuvo los manejos con el maquillaje y quedó inmóvil, mirándome reflejado en el espejo. Su cara estaba arrebolada y había un brillo musitado en sus pupilas. Y nada de todo ello tenía que ver con sus cremas y lápices de belleza.

—Está bien, Melinda..., yo también te quiero.

—Pero no como yo. No entiendes, Tony...

—Sí entiendo. Sacudió la cabeza.

—Es distinto, te lo juro. Para mí, lo nuestro es algo más que un pasatiempo, algo pasajero que terminará el día menos pensado...

Me dije que comenzaba a ponerse pesada con aquella historia. Pero, por alguna razón, también me dije que me gustaba oírlo. Después de todo, estaba confesando que me amaba... y eso no me lo había dicho jamás ninguna mujer.

—No es como lo de Frank —murmuró—. Con él no me importó nunca nada..., me alegré cuando me dejó libre porque eso me permitía acercarme a ti...

—Nunca supuse que fueras tan romántica, nena.

—¿Te burlas, Tony?

—No.

—No soportaría perderte —repitió—. Ahora sé que la vida sin ti sería vacía por completo.

Se levantó, olvidándose de lo que estaba haciendo, y vino hacia

mí.

Bebí un largo sorbo para ocultar mi turbación. Sus brazos subieron y se apoyaron en mis hombros sin llegar a abrazarme.

—No me dejes nunca, Tony —suspiró—. Sería capaz de todas las locuras del mundo si te perdiera...

—Lo único loco es lo que estás diciendo. ¿Has olvidado que tenemos que ir al cine?

Me sonrió, ofreciéndome los labios. La besé larga y apasionadamente. Una vez más, me dije que es imposible comprender a las mujeres. ¿No era aquella misma Melinda la que se había burlado de mí?

Y ahora resultaba que estaba loca de amor, según ella, y exigía que yo también la amase eternamente...

Sentí tentaciones de reír, íntimamente satisfecho cuando se me ocurrió la idea. Estuve a punto de delatarme delante de Melinda, mientras tomaba una taza de café negro en su cocina.

Poco después me despedí, dominando mi impaciencia, satisfecho de mí mismo. Una vez más me felicité por mi inteligencia. A fin de cuentas, estaba elevándome a la cumbre por mis propios medios.

Conduje el *Buick* tan rápidamente como el tráfico me permitió, rumbo al edificio donde estaban instalar las oficinas que servían de tapadera a la organización. Al estacionar el coche en el aparcamiento privado del edificio vi que el de Monkton ya estaba allí, de manera que el gordo debía ocupar ya su despacho.

Pasé más de una hora examinando el terreno, puliendo mi proyecto hasta que me consideré satisfecho. Entonces me encerré en una cabina telefónica y llamé al «Patrón».

—¿Qué novedades tienes, Tony? —inquirió amablemente.

—Todo preparado —dije—. Ya sé la manera de arreglar a Monkton sin alboroto.

—¿No habrá complicaciones, muchacho?

—Ninguna en absoluto.

—Confío en ti. Sé que sabes lo que llevas entre manos. ¿Cuándo..., cuándo sucederá?

—Este mediodía, tan pronto los empleados hayan abandonado las demás oficinas del edificio.

—Muy bien. Cuando hayas terminado ven a verme.

—Un momento, *míster* Gissing —le atajé, antes que colgara el

teléfono—. ¿Quién ocupará el puesto de Monkton?

—De momento, podemos probar con un novato...

—¿Qué? —aullé.

—Un tipo muy ambicioso llamado Tony Garose... Veremos si sirve. ¿Tú qué crees, chico?

Colgó. No pude responder y tardé un minuto en recobrar el habla. Ya lo tenía. Ya era el «jefe».

Con cincuenta mil dólares al año, más una participación en los beneficios...

Siempre había sabido que yo sería «alguien» importante. ¿Qué importaba a costa de qué hubiera que ganar la ambicionada posición?

El único que importaba era Tony Garose.

Media hora antes del cierre de las oficinas entre en el despacho de Monkton temiendo que pudiera notar mi exaltación. Pero el muy estúpido era demasiado engreído para fijarse en esos detalles.

—Acabo de hablar con el «Patrón» —dije.

—¿Lo has visto esta mañana?

—No hace ni una hora.

—Bueno, ¿qué le pasa al pez gordo?

—Parece que tiene algo grande en perspectiva. Me ha dicho que tú y yo aguardemos aquí cosa de una hora por si necesita llamamos y dar instrucciones. Si no telefonea pasado ese tiempo podemos largarnos.

—Eso es muy propio de él, disponer del tiempo de los demás. En fin, de acuerdo. Repantigóse en su sillón y encendió uno de sus cigarros de a dólar.

Entonces llamó el teléfono. Pegué un respingo ante el temor de que fuera Gissing y lo echase todo a perder involuntariamente.

Pero era Melinda. Monkton me pasó el auricular con una risita de burla.

—Tony —dijo la muchacha—. Voy a salir para comer fuera y hacer unas compras después. ¿Nos reunimos y comemos juntos?

—Lo siento, nena, estoy muy ocupado... No podremos vemos hasta la noche.

—Pero, Tony... Nunca me llevas a comer a un buen restaurante...

—Esta noche —repetí, impaciente.

—¿Seguro que no puedes arreglarlo para reunirte conmigo? Puedo pasar a buscarte y...

—¡Nada de eso! Ya te veré esta noche. Cenaremos en el mejor restaurante que puedas encontrar, si es eso lo que deseas.

—Está bien, querido... como tú digas.

Colgué de golpe, furioso contra la muchacha sin razón alguna. Monkton me miró y se rió.

—¿Dificultades domésticas, Tony?

—Tonterías de mujeres.

Dejé pasar el tiempo. Escuché con los nervios en tensión el rumor de los centenares de empleados que abandonaban sus oficinas y descendían por las escaleras y los ascensores hablando como cotorras. Después, se hizo el silencio. El edificio quedó vacío, igual que muerto.

Monkton consultó su reloj de oro y gruñó:

—No parece que vaya a llamar...

—Faltan quince minutos para que termine el tiempo. Después podremos largarnos. Empiezo a sentir apetito. ¿Y tú?

—¡Imagínate!

—¿Qué te parece si comemos juntos? Ya le he dicho a Melinda que no podría reunirme con ella...

—Muy bien.

Encendí un cigarrillo y me levanté.

—Atiende el teléfono si llama el «Patrón». Voy un momento al lavabo.

Salí de la oficina. Los largos pasillos estaban desiertos. Oprimí el botón de llamada del ascensor y esperé a que llegase. Entonces abrí las puertas y mantuve apretado el cierre metálico con la mano, de manera que hubiera contacto igual que si las puertas estuvieran cerradas, y mandé el ascensor otra vez abajo.

Cuando llegó a la planta baja dejé suelta la palanquita de contacto, trabé el pestillo automático de las puertas con un estuche de cerillas y las cerré, cuidando de que quedasen como un par de pulgadas separadas. De esta manera, el ascensor no funcionaría aunque alguien se metiese en él.

Hecho eso, regresé al despacho. Monkton estaba impaciente, acuciado por su apetito desmesurado.

—Creo que podemos marcharnos —dije afectando indiferencia

—. Ya no llamaré.

—Y si lo hace, nosotros hemos esperado el tiempo convenido. Vámonos, chico.

Le dejé que pasara delante. Fuimos juntos hasta el ascensor y yo apreté el botón de llamada. Estuvimos esperando unos segundos, durante los cuales distraje la atención de Monkton hablándole del menú que pensaba encargar...

Entonces abrí las puertas con naturalidad. Él dio un paso adelante antes de advertir el negro agujero que había allí en lugar del aparato y sólo tuve que empujarle sin mucha fuerza y su corpachón se hundió en el vacío con un grito espeluznante.

Me apresuré a retirar el estuche de cerillas del pestillo y acto seguido cerré las puertas, esta vez por completo.

Entonces me volví, dispuesto a largarme a toda velocidad.

Pero allí estaba Melinda, inmóvil, pálida, mirándome con ojos desorbitados desde el otro lado del pasillo.

CAPÍTULO X

Sobre el cristal de la puerta, el letrero rezaba ahora: *Garose Import Company*.

El sillón basculante que sostuviera la pesada humanidad de Monkton era más cómodo de lo que nunca pude sospechar.

Uno se sentía grande parapetado detrás de la brillante mesa de despacho. Y los puros de a dólar que pertenecieron a Monkton eran estupendos.

—Hace un mes justo —comentó Frank, aburrido de no encontrar otro tema de conversación.

—Se cumplió ayer —le rectificué—. Todavía no salgo de mi asombro cuando recuerdo la enorme corona de flores que mandó el «Patrón». Si Monkton hubiese podido verla...

—El «Patrón» apreciaba mucho al gordo —sentenció Frank. Apenas pude ocultar las ganas de reír. ¡Apreciarlo!

Un cuerno.

—¿Crees que tardará mucho todavía ese picapleitos? —rezongó Frank, cambiando de tema.

Me encogí de hombros.

—Todo el mundo afirma que Rikker no puede estar en mejores manos, así que no me preocupo. Lo que me pone nervioso es esta inactividad. Tengo infinidad de ideas para poner en práctica, Frank. Pero no podemos movernos... ¿Qué demonios importa que estén juzgando a Rikker y que Monkton se hiciera papilla en el hueco del ascensor? Todo eso no tiene nada que ver con el trabajo.

—No te impacientes. El abogado Carver tiene razón desde su punto de vista. Si él pelea con el fiscal y el jurado para convencerlos de que Rikker merece otra oportunidad de rehabilitarse y pide una sentencia benigna, sería desastroso para su defensa que en esos

momentos, cualquiera de los muchachos fuera detenido y acusado de un delito... Todo el mundo sabe que Rikker trabaja en nuestra organización y conocen igualmente a sus compañeros.

No repliqué, entre otras razones porque tenía otras ideas en la mente. Al cabo de un rato dije con forzada indiferencia:

—¿Cómo te va con Francis?

—¿Por qué lo preguntas, quieres quitármela también? Se echó a reír como si hubiera soltado un buen chiste.

—No seas idiota. Estaba pensando que tal vez ella tiene alguna amiga que se le parezca... ¿Qué opinas?

Me miró burlonamente.

—¿Y Melinda?

—¿Seguiste tú con ella cuando ocupaste el nuevo cargo?

—Ya veo. Quieres algo de auténtica categoría...

—Eso es.

—Hay una muchacha llamada Ayn. Francis me la presentó hace unos días... Es tan maravillosa que sentí tentaciones de mandar a Francis a paseo, no te digo más.

Me enderecé en el sillón.

—¿Dices que se llama Ayn?

Asintió con un gesto. Insistí:

—¿Cuándo podría conocerla, Frank? Tienes que pedirle a Francis que la lleve consigo una de estas noches..., quiero conocerla.

Sonrió como un conejo.

—Con esa clase de muchachas hay que hacer las cosas de otra forma, chico. No son como las que estás acostumbrado a tratar... Déjalo de mi mano. Yo lo arreglaré. Pero tendrás que decírselo a Melinda. No resulta divertido, tú sabes.

Me encogí de hombros.

Alguien llamó a la puerta y entró John C. Carver, con su andar resuelto y su cara agresiva. Había círculos oscuros alrededor de sus ojos y parecía cansado.

Estuvo unos segundos mirándome hasta que me puso nervioso. Sólo entonces dijo:

—De manera que usted es el nuevo jefe... Tony Garose.

—¿Tiene usted algo que objetar?

Sonrió, tan seguro de sí mismo que parecía el dueño del mundo.

—En absoluto. El proceso de Rikker ha terminado. Pasará tres años en

Sing-Sing

. Es todo lo que he podido conseguir dados sus antecedentes. Es la quinta vez que es condenado... Podían haberle cargado quince años y hubiera sido normal.

—Tres años a la sombra —masculló Frank—. Es un duro golpe, pero sé que no ha podido hacer usted más, Carver.

—Ni yo mismo creí tener tanta suerte. Bien, sólo quería informarles antes de irme a casa y dormir. He perdido la cuenta de las noches que he pasado sin pegar un ojo, preparando el caso. Les mandaré la minuta como de costumbre.

Se marchó como había entrado, igual que si fuésemos empleados suyos y estuviésemos en su despacho y no en el mío ¡Qué tipo!

—Bueno, ya nos ocuparemos de que Rikker perciba su salario durante su encierro —dije—. Ahora podremos ocuparnos otra vez de los negocios, Frank.

—Vamos a dejarlo para mañana —decidió—. Prepararé una reunión con el «Patrón» y discutiremos todo lo que hay pendiente. ¿Conforme, Tony?

—Seguro. Y no te olvides de esa chica, Ayn.

—Con calma, chico; esas cosas requieren calma y diplomacia... Se marchó también, riéndose.

Al quedar solo me recosté en el sillón y dejé que la satisfacción saliera por todos los poros de mi cuerpo.

Era el «jefe», ni más ni menos. Incluso había conseguido quedarme con el lujoso apartamento del difunto Monkton mediante unas cantidades repartidas discretamente. Y aceptando un sustancioso aumento del alquiler también, la verdad sea dicha. Pero ya tenía aquel palacio para mí, completamente equipado...

No obstante, había decidido no habitarlo todavía. Dejaría pasar un poco de tiempo...

Era muy tarde cuando abandoné la oficina. En el estacionamiento del edificio me esperaba un rutilante *Cadillac* último modelo, convertible...

Todo lo que había ambicionado desde muy joven estaba en mis manos. Me confesé que hubo épocas en que estuve seguro de no alcanzar nada de lo que soñaba. Sin embargo, en el fondo de mí

mismo sabía que yo estaba destinado a llegar lejos, a encumbrarme hasta la cima y vivir como un potentado.

Bueno, ya lo había logrado.

Conduje hacia el apartamento de Melinda. Desde la muerte de Monkton la muchacha había cambiado un poco.

Parecía más retraída, incluso después que le hice comprender que el ligero empujón propinado al gordo había sido la palanca que me catapultó hasta la cumbre.

Como de costumbre, me rodeó el cuello con los brazos y sus labios me dieron la bienvenida larga y apasionadamente.

Luego, preparó unas bebidas y vino a sentarse a mi lado, en el diván.

—¿Qué sabes de Rikker? —indagó.

—Tres años.

—Ha estado de suerte.

—Todo el mundo dice lo mismo. Bebí un sorbo. Ella murmuró:

—Tony...

—¿Sí, querida?

—¿Eres feliz ahora? La miré, sorprendido.

—¿Quieres decir si soy feliz contigo?

—Eso también, pero me refería a tu nueva posición...

—Seguro que lo soy. Es lo que anhelé durante toda mi vida.

—¿Eso era todo lo que ambicionabas?

—No me digas que te parece poco o creeré que te has vuelto loca.

Calló, rehuendo mi mirada y bebiendo todo el contenido de su vaso a pequeños sorbos.

Después susurró:

—¿Crees que valía la pena, Tony?

—Hablas en acertijos. ¿A qué te refieres?

—A verter tanta sangre para..., para ocupar el puesto de Monkton.

—Mira, nena, cambia de disco, ¿quieres? Llevas unos días que no hay quien te soporte.

—Lo lamento, Tony, créeme. Pero te quiero tanto... Y temo por ti.

—Yo sé cuidarme muy bien solo.

—También pienso en Frank, ¿sabes?

—Si no tienes otro tema de conversación, querida, es mejor que conectes el televisor. Resultará más divertido.

—Sé que te cansa escucharme, Tony, pero he de decírtelo de todas formas. He pasado horas de infierno pensando en todo esto...

Suspiré resignadamente y encendí un cigarrillo.

—Si no hay otro remedio... Venga, desembucha de una vez.

—No te enfades, amor.

Inclinándose, me besó suavemente en los labios. Cuando se irguió luchó por decidirse.

Casi adiviné lo que iba a decir.

—Has alcanzado la misma posición que ocupa Frank —dijo—. Incluso creo que eres más importante que él en la organización. Tienes más inteligencia... y eres más frío que Frank, más despiadado.

—Un poco más y me harás una ficha dactiloscópica.

—No te burles. Lo único que quiero decirte es que, cuando Frank ascendió ya no me encontró atractiva, me dejó de lado...

—Pero tú me dijiste que no te importó, que te resultó un alivio librarte de él.

—Y sigo diciendo lo mismo.

—Entonces, cariño, debes tener algo que no funciona bien en tu cabeza. No te entiendo.

—Todo eso es cierto en lo que a Frank se refiere, Tony; pero contigo es distinto.

—¿Por qué?

—Porque te amo. Lo eres todo para mí. Fuera de ti no existe nada a mí alrededor... Supongo que eso es algo que les sucede a todas las chicas una vez en su vida, ¿no crees?

Apuré el resto del *whisky* y me levanté con cierta brusquedad.

—Está bien, Melinda, tú me quieres y yo te quiero a ti. Pero resulta cargante oírtelo decir a cada minuto. Me largo.

—¡Tony!

Me encaminé a la puerta. Ella gritó todavía, incorporándose de un salto:

—¡Tony, espera!

—Al diablo, nena.

Cerré de un portazo y me largué. Ya estaba hasta la coronilla de tanto amor.

CAPÍTULO XI

Aquella noche la pasé en el regio apartamiento que perteneciera a Monkton. Estuve solo, anhelando algo que ni yo mismo supe definir.

No era una mujer. En aquellos momentos odiaba hasta el recuerdo de ellas.

El caso es que no pude dormir y pasé horas haciendo planes para el futuro, imaginando todo lo que iba a conseguir, la fortuna que pronto engrosaría mis cuentas corrientes...

Abriría cuentas en distintos Bancos. Sería la primera vez que tuviera dinero en el Banco. Me daría el gustazo de ingresar y retirar dinero de todos ellos sólo por el placer de hacerlo.

También debería hacer algo por mis padres, aunque manteniéndoles alejados de mi vida, naturalmente. No sabrían adaptarse. Y mi madre no cesaría en sus sermones. Ya tenía suficiente tabarra con Melinda.

Me dije que ya no eran sueños locos todo esto, sino realidades que estaban firmemente agarradas por mi mano...

A las ocho de la mañana, cuando había conseguido conciliar un poco el sueño, el teléfono me arrancó de él violentamente. Instintivamente acerqué el auricular al oído y escuché la voz del «Patrón».

Esto me despabiló de golpe.

—He supuesto que te encontraría aquí —dijo—. Hay algo que va mal, Tony.

—¿A qué se refiere? Creo que no he hecho nada que...

—No quiero decir que tú hayas metido la pata, pero tengo la sensación de que se está cociendo algo a nuestro alrededor.

—Está bien, dígame dónde podemos reunimos y me contará lo

que sepa.

—¡Voy a reunirme contigo ahí, Tony!... Llevaré a Frank conmigo. Espéranos.

Aguardé, preocupado. Estaría bueno que precisamente cuando el mundo se abría ante mí ofreciéndomelo todo, las cosas se estropearan.

Me estremecí sólo de pensarlo.

Gissing y Frank llegaron media hora más tarde. El «Patrón» no perdió tiempo en preliminares.

—He tratado de arreglar un asunto en los muelles, valiéndome de los contactos de costumbre. Me han fallado.

—Bueno —exclamé, aliviado—; eso no es tan grave después de todo. Se les escarmienta y la próxima vez obedecerán.

—No es tan fácil, Tony. En primer lugar, no son unos cualquiera, sino que ocupan importantes puestos en los Sindicatos. Por otra parte, nunca se habrían atrevido a negarse a mis deseos si no tuvieran algo sólido con que protegerse...

—¿Qué cree usted que pueden tener? —Gruñó Frank.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. Esos hombres están tanto o mejor relacionados que yo en todas las esferas. Quizá han oído algún rumor acerca de mí, o de mi organización. Sea lo que sea, les ha envalentonado.

—¿Ha probado de pulsar otros contactos? —insinué.

—Todavía no. Para la mayoría de ellos es demasiado temprano. Pero estoy seguro de que hay algo que no marcha bien, aunque maldito si sé qué puede ser.

—¿Qué cree que podemos hacer nosotros, *míster* Gissing?

—No podremos saberlo hasta ver qué sucede. He intentado sonsacar a los hombres de los Sindicatos, por teléfono, pero se han negado a hablar. Casi me han dejado con la palabra en la boca, cuando precisamente una conducta semejante les hubiera costado el pellejo sólo unos días atrás.

—Igual puede costarles ahora. Sólo que usted lo ordene y... Me interrumpió con un ademán.

—Ahora no, hasta saber a qué atenemos. Ya te he dicho que no se habrían atrevido a desafiarme si no hubiera algo muy importante respaldándolos.

—Está bien, usted es quien debe decidir qué hay que hacer —

dije, otra vez inquieto—. Todo lo que espero es que ordene escarmentar a esa pandilla de ratas.

—Veré qué aires soplan entre los otros contactos de las distintas esferas. Pero me inquieta eso porque jamás había sucedido... ¿Dónde podré encontraros a los dos durante el día de hoy?

—Si va a llamarnos esperaremos aquí —decidí.

—De acuerdo.

Se levantó, un tanto titubeante, y al fin se encaminó a la puerta.

—No es necesario que me acompañes, Tony —gruñó—. Conozco perfectamente esta casa.

Frank encendió un cigarrillo con gesto preocupado. Yo dije:

—¿Crees que puede ser algo importante?

—No lo sé, pero lo que sí es cierto es que nunca había visto al patrón tan inquieto. Además, tiene razón al inquietarse. La actitud de esos tipos de los Sindicatos es como para preocupar a cualquiera.

—Quizá han decidido pasarse a otra organización.

—¿A cuál? No hay otra tan importante como la nuestra. Nadie puede pagarles lo que les abona Gissing.

—Está bien, no nos rompamos más los cascos. Él lo averiguará sin duda alguna. ¿Quieres otro trago, Frank?

—Bueno, aunque es demasiado pronto para empezar a beber.

—Tonterías. A cualquier hora es bueno.

Bebimos y fumamos, cada uno sumido en sus pensamientos. De repente, él pareció recordar algo y exclamó:

—¡Demonio! Casi me olvido, chico. Ayn vendrá esta noche.

—¿Esta noche? —murmuré—. ¿Dónde?

—Cenaremos en el *Flamingo*. Le he hablado de ti para justificar el que cenes con nosotros... Creo que ha comprendido perfectamente de qué se trata.

—¿Y te parece que ha aceptado la idea?

—Creo que sí —rió, burlón—. Además, le he detallado tu fulgurante ascenso, la brillante carrera que tienes por delante y lo que ya eres... Eso impresiona a cualquier mujer, no te quepa duda.

—¿Y ella se ha impresionado?

—Seguro. Incluso, cuando le he hablado de este apartamento, ha comentado que le encantaría conocerlo.

—¡No me digas!

—Eres un tipo afortunado, muchacho. Puedes estar seguro de

que Ayn está en tu bolsillo. ¡Y qué dama, amigo! A su lado hasta Francis pasa inadvertida.

—Deja de hablar de ella o acabaré pegando saltos de impaciencia. Ahora creo que tardará un siglo en llegar esta noche.

Se echó a reír, burlándose amistosamente de mí, pero también, según imaginé, para alejar sus inquietudes.

Cuando se cansó de reír me espetó:

—Bien, ya tienes a Ayn, Tony. Ahora dime qué piensas hacer con Melinda.

—Diablos, le diré la verdad..., igual que hiciste tú. Ella comprenderá creo yo..., sobre todo si como despedida le regalo un buen puñado de billetes, ¿no crees?

—Ése fue mi procedimiento...

Se interrumpió cuando en alguna parte estalló un sollozo que en vano quiso ser ahogado.

Me levanté de un brinco, estupefacto. Frank se irguió también gruñendo un juramento.

—¿Qué ha sido eso, Tony? —refunfuñó.

—Vamos a verlo...

Empuñé la automática y me precipité hacia el *hall*. Llegué justo a tiempo de ver abrirse la puerta, mientras Melinda se detenía un instante antes de salir. Tenía el rostro desencajado, los ojos inundados de lágrimas y ya no trataba de contener el llanto.

—¡Melinda! —exclamé—. ¿Cómo diablos has entrado aquí?

—He llegado... cuando salía Gissing... Él me ha dejado entrar creyendo que iba a darte una sorpresa... Lo he oído todo...

—¡Maldita sea! —Guardé la pistola y di unos pasos hacia ella.

—¡Oh, Tony, Tony! —sollozó.

Y cerró la puerta violentamente, desapareciendo.

—¡Le voy a dar hasta que me canse! —farfullé, lanzándome hacia la puerta. Pero Frank me detuvo.

—Cálmate, muchacho. Se le pasará...

—¿Tú crees?

—Seguro. Las mujeres son así y Melinda no es una excepción. Pero me sorprende que lo haya tomado tan a pecho... Conmigo fue distinto.

—A mí dice que me ama.

—Bueno, espera a que le pase el arrebató. Luego podrás

explicarle las cosas y darle todo el dinero que quieras. Los billetes amansan a una fiera... por muy mujer que sea —acabó, riendo.

Deseé creerle, pero no pude quitarme a Melinda de la cabeza ni siquiera cuando telefoneó el «Patrón», casi a las doce del mediodía.

—Esta tarde sabré qué es lo que sucede —dijo—. Tengo a alguien de confianza averiguándolo. No obstante, es seguro que se prepara algo sucio.

—¿Quién prepara algo?

—Eso es lo que no sé todavía.

Frank me miraba impaciente. Sólo dije:

—Estaremos aquí. Pero usted tenía un tipo pagado en la oficina del Fiscal del Distrito.

¿Qué opina él?

—No he podido localizarlo en toda la mañana. Cada vez que le llamo por teléfono me dicen que todavía no ha llegado. Debe estar en los tribunales. Todo parece complicarse está condenada mañana...

Colgó y yo hice lo mismo, explicándole a Frank lo que el pez gordo había dicho.

—Ahora es cuando realmente me preocupa el asunto —rezongó él—. Sea lo que sea que está sucediendo, no será nada bueno.

—Te pareces a Valenti augurando desgracias —dije de mal talante—. Espera a saber algo definitivo antes de...

Alguien llamó al timbre y los dos pegamos un respingo.

—¿Quién sabe qué estás aquí, Tony?

—Nadie, excepto Melinda y el «Patrón».

—Entonces es Melinda que vuelve a representar la escena de la enamorada arrepentida... Vamos a verla.

Me alegró la idea de que fuera Melinda. Iba a escucharme de una vez por todas. Pero no era ella.

Tan pronto abrí la puerta, alguien la empujó con enorme fuerza lanzándome a través del *hall* dando tumbos. Frank gritó algo que no entendí y otra voz dijo muy claramente:

—¡Levanten los brazos o les parto por la mitad!

Cuando recobré el equilibrio quedé paralizado de estupor al verme enfocado por el grueso cañón de una ametralladora *Thomson*, sostenida por un corpulento guardia de uniforme.

Detrás de él, dos hombres vestidos de paisano nos amenazaban

con sus revólveres.

Ni Frank ni yo intentamos sacar las pistolas. No teníamos ni una oportunidad ante la ametralladora.

—¿Qué significa este asalto, polizante? —le espeté—. Van a lamentar haberse presentando aquí de esta manera...

—Eso será más tarde, muchacho. De momento, los dos cara a la pared. Apoyen las manos en ella y den dos pasos atrás... y no hagan nada que pueda parecerme sospechoso porque les barreré con este *organillo*...

Frank masculló:

—Haz lo que te dice, Tony. No podrán hacernos nada.

Nos apoyamos en la pared tal como nos habían ordenado. Uno de los paisanos se acercó y nos estuvo registrando todo el cuerpo, incluso después de habernos librado de las armas. El fulano no quiso correr riesgos.

Entonces, el otro ataviado con un gastado traje marrón, dijo:

—Pueden volverse, pero mantengan las manos detrás de la nuca. ¿Quién de ustedes es Tony Garose?

—Yo soy.

—Así tú eres Frank Austin, ¿eh?

Frank no replicó. El polizante se encogió de hombros con indiferencia y soltó de un tirón:

—Tony Garose, le detengo por el asesinato de un guardia llamado Jim Harrigan, del vigilante de los muelles John Oeming, de Herbert Monkton y de Peter Okluk, este último crimen cometido en la ciudad de Baltimore. También le prevengo que todo cuanto diga a partir de este momento podrá ser utilizado contra usted en el juicio que se le seguirá por cualquiera de esos crímenes.

Estupefacto, no acerté a replicar una palabra. Aquello no podía ser cierto..., no era posible que sucediera precisamente entonces... cuando estaba en la cumbre, cuando lo tenía todo...

—Usted está loco si piensa que podrá probar nada de cuanto ha dicho.

La voz de Frank me devolvió a la realidad. El policía esbozó una mueca y se encaró con mi compañero.

—Frank Austin —dijo con voz clara—. Le detengo acusado de cómplice en el asesinato del vigilante de los muelles John Oeming. También será acusado de encubridor en el crimen cometido en la

persona del policía Harrigan, y, como dispone la Ley, le prevengo que todo cuanto diga podrá ser utilizado en contra suya en el juicio que se le seguirá por esos delitos. Sargento, póngales las esposas.

Apenas sin darme cuenta, el que nos había desarmado nos colocó los brazaletes de metal, uniendo mi muñeca derecha con la izquierda de Frank.

Todavía no podía creer que aquello fuera verdad, a pesar de la ametralladora, de cuanto se había dicho y de las esposas que me humillaban.

Frank gruñó:

—No digas una palabra, Tony. No estaremos mucho tiempo en sus manos... Él nos sacará.

El policía que había soltado los discursos rió por lo bajo.

—Dejen de soñar. Esta detención sólo ha precipitado los acontecimientos. Íbamos a detenerles de toda formas esta tarde, aunque acusados de otros delitos de menor cuantía. Esa muchacha ha facilitado las cosas.

—¡Melinda! —bramó Frank, súbitamente furioso.

—Así se llama —reconoció el policía—. Está muy amargada... y no le importa reconocer su culpabilidad en unos cuantos encubrimientos y otras minucias... No supo comprenderla usted, Garose...

Empezó a reír como un chacal. Su compañero de paisano le hizo coros y todos los diablos del infierno alborotaron mi sangre impulsándome a aplastarlos.

Pero el guardia con su maldita *Thomson* no nos perdía de vista.

Así se nos llevaron y comenzó una pesadilla de locura que duró horas y horas...

Esperé ver aparecer a Carver en cualquier momento. Sólo el abogado podía sacarnos de aquel apuro. El «Patrón» debía haberle avisado ya... No podía tardar en llegar...

Pero no llegó, y se hizo de noche, y el terrible interrogatorio prosiguió más implacable que nunca. Creí volverme loco.

Entonces, no sé a qué hora, introdujeron al «Patrón», sólidamente esposado también.

—Nos han cazado a todos —murmuró, derrumbándose sobre la silla que le acercaron—. Todos están detenidos...

Sólo entonces, uno de los polizontes nos explicó cómo estaban

realmente las cosas.

—Pueden agradecerle al difunto Herbert Monkton situación actual, de la que no podrán escapar. Monkton tenía alquilada una caja de seguridad en un Banco... La dirección de éste, cuando se enteró que había muerto, solicitó la presencia de un notario para abrirla y hacer entrega del contenido a los herederos, si los había... ¿Y qué dirían ustedes que encontraron, entre otras cosas muy interesantes?

Casi no escuchaba aquella voz sarcástica. Me debatía en un infierno de ira, de frustración, de furia ciega por saberme hundido cuando había logrado todo lo que más había anhelado durante mi vida...

—Una declaración firmada por otro difunto —prosiguió el polizón—. Un tal Peter Okluk al que tú conoces bien, Garose...

¡La declaración de Okluk!

—No lo creo —dije débilmente.

—Lo sabemos todo. Gissing ha soltado el grifo, pareja de estúpidos, y está aquí ahora para que no pueda desmentirme. Esa declaración debía haber sido destruida por Monkton, pero seguramente para protegerse también él, la guardó cuidadosamente. Los muertos pasan su factura, muchachos.

A partir de aquel momento todo se derrumbó como un castillo de naipes. John C. Carver se encargó de mi defensa y de la de Frank, aunque sabía que no iba a cobrar esta vez. Y he de reconocer que luchó como jamás lo hiciera anteriormente...

Después del juicio, cuando se despidió de mí con cara de circunstancias, recuerdo que me dijo.

—Muchacho, alguien debiera haberte dicho, hace años, que el crimen no compensa jamás...

Tenía toda la razón del mundo.

A causa de esa verdad, estoy ahora entre los barrotes de esta jaula, de la *celda de la muerte...*, porque al amanecer van a electrocutarme.

Recuérdenlo: El crimen no compensa jamás. El picapleitos tenía razón.



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas)(para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron(en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.